

LA CARTERA

CUBANA.

FEBRERO.-1839.

SECCION PRIMERA. CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE DICIEM.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 78	27 p. 72	27 p. 72	74 ° 50	77 ° 75	75 °	68. °	61. °	68. °
2	" 75	" 69	" 69	73 "	78 20	74 "	62 "	60 50	62 "
3	" 70	" 67	" 71	72 50	77 50	74 50	62 "	61 "	66 "
4	" 76	" 70	" 73	74 "	79 "	75 "	67 "	60 "	63 "
5	" 75	" 70	" 73	74 "	81 50	78 "	64 "	58 50	65 "
6	" 74	" 65	" 67	75 25	81 25	77 50	67 "	60 "	64 "
7	" 66	" 64	" 68	75 75	81 "	78 50	66 50	60 "	66 "
8	" 74	" 66	" 71	74 "	79 50	78 "	65 "	64 "	67 "
9	" 73	" 70	" 73	75 "	80 "	78 "	63 "	67 "	68 "
10	" 75	" 69	" 71	74 "	78 "	76 50	70 "	69 25	69 25
11	" 69	" 66	" 66	76 "	78 30	76 25	69 "	68 50	72 "
12	" 66	" 61	" 68	75 50	79 50	76 "	72 "	71 75	62 50
13	" 68	" 66	" 67	76 "	78 "	75 75	69 "	70 25	69 25
14	" 67	" 66	" 69	74 "	77 75	74 60	66 "	56 50	62 50
15	" 75	" 74	" 75	72 50	76 75	76 25	66 "	56 50	67 25
16	" 77	" 69	" 69	72 50	79 50	78 "	67 "	60 "	65 "
17	" 74	" 67	" 68	74 "	80 50	75 70	67 "	61 50	66 "
18	" 73	" 67	" 67	72 "	78 "	74 "	66 "	60 "	62 "
19	" 74	" 74	" 76	70 "	70 "	68 "	60 "	64 "	53 "
20	" 79	" 74	" 68	67 "	69 85	68 50	58 "	48 75	52 "
21	" 74	" 70	" 67	67 50	71 "	69 "	58 "	54 "	65 "
22	" 71	" 66	" 72	67 "	74 "	70 75	58 "	50 "	52 "
23	" 72	" 66	" 81	68 50	66 20	66 50	61 50	58 50	62 "
24	" 85	" 80	" 81	65 "	71 50	69 50	63 "	60 "	67 "
25	" 84	" 76	" 80	65 "	70 50	69 25	63 "	59 "	63 "
26	" 80	" 75	" 76	67 "	70 50	70 50	66 "	60 "	67 "
27	" 80	" 73	" 75	67 "	72 "	71 60	66 "	63 50	66 75
28	" 75	" 70	" 69	69 50	73 25	73 40	66 "	60 50	65 "
29	" 70	" 64	" 67	69 50	75 25	76 "	67 "	57 "	63 "
30	" 75	" 66	" 74	70 "	76 "	74 "	66 "	57 "	65 "
31	" 82	" 75	" 83	71 50	75 "	73 75	66 50	58 "	65 "

LLOVIZNAS.— El 9 de 8 y media á 10 de la mañana; el 10, á las 11 y media de la mañana; el 11 de tarde en tarde; el 13 ídem; el 14 de cuando en cuando; ídem el 22 bor la tarde.— CHUBASCOS.— El 10 á las 5 de la tarde; el 12 de 4 y media á 5 y media de ídem; el 20 hasta las 2 de la id. y anotado.— AGUACEROS.— El 8 á las 7 y 20 minutos de la noche; el 9 á la 1 y media de la madrugada; el 10 á las 3 de la tarde; el 19 á las 11 y media de la noche; el 23 de 7 á 9 de ídem; el 26 á las 6 de la tarde; y el 31 á las 4 de la madrugada.

TOMO 2.º

10

ESTADO
DE
HOSPITALES.

ENFERMEDADES.	MES DE DICIEMBRE DE 1898.			
	S. AMBROSIO	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
		Presos.	Particul.	
MEDICINA.				
Fiebres simples	2	4	13	2
Idem intermitentes	4	4	3	"
Idem catarrales	47	5	3	"
Gastritis agudas	27	12	20	3
Idem crónicas	7	2	4	4
Diarreas	19	3	22	2
Disenteria	"	3	"	2
Hepatitis crónicas	1	"	"	"
Nefritis simples	1	"	"	"
Idem cal cúlusa	1	"	2	"
Ostrucciones	2	"	2	"
Afectos catarrales	17	3	6	"
Pleuritis	15	1	6	1
Tisis	3	6	1	9
Hemoptisis	1	6	"	2
Hematemesis	"	"	"	2
Reumatismos agudos	"	9	14	"
Hidropesia	"	"	1	"
Cerebritis	"	"	"	1
Apoplejia	1	1	3	"
Espasmos	"	2	"	"
Parálisis	"	"	1	"
Epilepsia	"	"	2	"
Viruelas	"	"	1	"
Suma	150	43	104	27
CIRUJIA.				
Contusiones	7	4	1	1
Fracturas	1	1	"	"
Heridas de armas blancas	2	12	"	"
Idem de fuego	2	"	"	"
Quemaduras	"	1	"	"
Tumores simples	3	"	"	2
Bubones	17	2	4	"
Úlcera cancerosa	1	"	"	"
Idem pútrida	"	1	"	"
Idem subinflamatorias	24	"	1	"
Idem y pústulas venéreas	19	6	7	"
Orquitis	"	"	1	"
Fimosis y para fimosis	3	"	"	"
Uretritis	13	1	1	"
Fistulas urinarias	3	"	"	"
Catarros vesicales	2	"	"	"
Dolores osteocopos	22	22	"	"
Hemorroides	4	"	"	"
Erupciones sarnosas	35	6	4	2
Herpes	2	"	"	"
Oftalmías agudas	9	"	"	1
Idem crónicas	2	"	"	"
Suma	181	56	19	6

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.º de diciembre de 1838.	317	}	678
Entraron en dicho mes.	331		
Se curaron.	363	}	385
Fallecieron.	22		

Quedaron para 1.º de enero de 1839. 293

La mortandad estuvo á razon de 3,24 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.º de diciembre de 1838	274	}	496
Entraron en dicho mes.	222		
Se curaron.	179	}	217
Fallecieron.	38		

Quedaron para 1.º de enero de 1839 279

La mortandad estuvo á razon de 7,65 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de diciembre de 1838	119	}	152
Entraron en dicho mes.	33		
Se curaron.	7	}	20
Fallecieron.	13		

Quedaron para 1.º de diciembre de 1838. 132

La mortandad estuvo á razon de 7,84 por 100.

NOTA.

Aunque estos estados del hospital de S. Francisco de Paula, no se avengan con los de su mayordomo, consiste en que él incluye en las entradas no solo las mujeres que van allí por disposicion de los tribunales á sufrir una condena, sino tambien las pobres y las criadas que van á parir, y nosotros las exceptuamos para la exactitud médica de nuestras observaciones.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en diciembre reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Diciembre.

Fiebres simples y catarrales.—Gastritis agudas.—Diarreas.—Afectos catarrales.—Dolores osteocopos.—Sífilis.

Observaciones prácticas.

Han sido pocas las enfermedades y el número de pacientes este mes; pero se ha observado la tendencia á la cronicidad de los males. La temperatura moderada de la atmósfera debe ser la causa de lo primero, y la de lo segundo se ha de referir, y con particularidad en los entrados en los diversos hospitales de esta plaza, á la misma disminucion de aquellos; pues siendo tan soportable el calor no debían en general afectarse mas que los muy predispuestos por enfermedades latentes y anteriores.

No hemos tenido en los últimos meses el número de tísicos que parecía corresponder al de los primeros, si fuera real que á fines de año se aumentan aquí estos males crónicos; pero hasta ahora es mas probable que los que padecen del pulmón sufren con frecuencia sus ataques á principios de año y arrastran su dolorosa existencia con mayor ó menor probabilidad de curacion hasta que llega el otoño y sucumben en esta ó en otra época.

No han faltado sus casos de apoplejía, ni algunas anginas; pero el dolor de costado y la pneumonía aguda han sido bastante raras. La tos convulsiva y la difteritis, ó sea la angina con falsas membranas, ha sido tan escasa, que hasta ignoramos su existencia.

Se han enterrado en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
En todo diciembre. . .	241	112
Total general. . .	353	

RESUMEN

de las observaciones meteorológicas de 1838.

BARÓMETRO.

A las 8 de la mañana.

	PULGADAS.	CENTIMOS.
<i>Maximum</i> de su altura el 20 de abril.	27	98
<i>Minimum</i> de id. el 14 de junio	27	39
Altura media en todo el año.	27	66

A las 2 de la tarde.

<i>Maximum</i> de su altura el 20 de abril	27	92
<i>Minimum</i> de id. el 14 de junio	27	32
Altura media	27	62

A las 8 de la noche.

<i>Maximum</i> de su altura el 20 de abril	27	93
<i>Minimum</i> de id. el 14 de junio	27	32
Altura media	27	62

Es decir, que en todo un año no han pasado de poco mas de media pulgada las vicisitudes barométricas. Prueba convincente de la poca importancia que tiene aquí aquel instrumento, y de la necesidad de formar uno arreglado á nuestra atmósfera.

TERMÓMETRO.

A las 8 de la mañana.

<i>Maximum</i> del calor el 25 y 27 de julio.	86°
<i>Minimum</i> id. 24 de diciembre.	63° 50
Temperatura media en todo el año.	74° 75

A las 2 de la tarde.

<i>Maximum</i> el 26 de julio.	90° 35
<i>Minimum</i> el 24 de diciembre.	66° 20
Temperatura media	78° 27

A las 8 de de la noche.

<i>Maximum</i> el 31 de agosto	87° 20
<i>Minimum</i> el 24 de diciembre.	66° 50
Temperatura media	76° 85

HIGRÓMETRO.

- A las 8 de la mañana.

<i>Maximum</i> de la humedad el 16 de enero	84°
<i>Minimum</i> id. el 20 de marzo	53°
Término medio	58° 50

A las 2 de la tarde.

<i>Maximum</i> de la humedad el 16 de enero	80°
<i>Minimum</i> id. el 2 y el 18 de marzo.	45°
Término medio.	62° 50

A las 8 de la noche.

<i>Maximum</i> de la humedad el 16 de enero.	84°
<i>Minimum</i> id. el 18 de marzo	49°
Término medio.	66° 50

ESTADISTICA MEDICA

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1838.

Hospital general de S. Ambrosio.

Existencia en 1.º de enero do 1838.	284	} 5587
Entraron en todo el año.	5303	
Se curaron.	5097	} 5294
Fallecieron	197	
Diferencia.	293	

La mortandad estuvo á razon de 3,52 por 100.

Idem de caridad de S. Juan de Dios.

Existencia en 1.º de enero de 1838.	279	} 3314
Entraron en todo el año.	3035	
Se curaron.	2531	} 3035
Fallecieron	504	
Diferencia.	279	

La mortandad estuvo á razon de 15,20 por 100.

Ayuntamiento de Madrid

Nota.—En febrero de 1838 no hubo 222 curados como se dice en el primer volumen página 13, sino 212; error que hasta ahora no se había apercibido.

Item de idem de S. Francisco de Paula.

Existencia en 1.º de enero de 1838.	130	}	535
Entraron en todo el año.	405		
Se curaron.	197	}	403
Fallecieron	206		
Diferencia.	132		

La mortandad estuvo á razon de 38,37 por 100.

Proporcion de los muertos con los bautizados y con el total de la poblacion.

Se han enterrado en el cementerio general en todo el año de 1838 este total de muertos que corresponden á las parroquias de la Habana y á las de Jesus María y Guadalupe, estramuros.

Adultos blancos.	1375	}	2848	}	4433
Idem de color.	1473				
Párvulos blancos.	723	}	1585		
Idem de color.	862				

Se han bautizado en las mismas parroquias:

Blancos.	1484	}	4141
De color.	2657		
Diferencia en contra de bautizados.	292		

Hubo los siguientes matrimonios:

De blancos.	313	}	415
De color.	102		

Elevando á 140.000 almas la poblacion de la Habana y barrios de Jesus María, Guadalupe y S. Lázaro, cuyos individuos son los que se entierran en el cementerio general, tendremos la proporción de la mortandad á razon de 3,17 por 100.

Se sigue de esta corta mortandad que la Habana es uno de los países mas sanos.

Nuestras observaciones se han hecho con la mayor exactitud, valiéndonos de instrumentos que no dejan nada que desear; y para los demás puntos, nos hemos servido ya de documentos oficiales y archivados, ya de hechos y de cosas que hemos presenciado.

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LA

ISLA DE CUBA.

Creemos de tan alto interés cuanto pertenezca á esta isla, que aunque muchas personas pueden criticarnos la insercion de ciertos artículos en esta obra, esperamos que el buen fin con que lo hacemos nos servirá sobradamente de disculpa.

Es en verdad doloroso, que teniendo nuestras tierras una fertilidad tan asombrosa, no se aprovechen de ella los agricultores para aumentar sus riquezas. La caña de azúcar y el café absorven su atencion; pero como no todos tienen grandes capitales, tal vez algunos se aprovecharán de nuestros avisos para emprender otro linaje de sembraduras, ciertos de hallar á poca costa una utilidad que recompense sus fatigas.

Agricultura.

Del cultivo del cacao en la villa de san Juan de los Remedios, encargada al presbítero sacristan mayor don Antonio Abad Anido.

Observándose que desde que se pobló la isla de Cuba de españoles hasta ahora, no se ha casi cultivado el árbol del cacao en otra parte que en la villa de los Remedios y territorio de su jurisdiccion, se ha preguntado á los mas ancianos de ella, si saben que este grano se haya introducido de alguna otra parte de América, y ninguno da razon de haber oido tal especie á sus progenitores. Esto inclina á sospechar que así como en algunos puntos de la isla se producen árboles que no se encuentran en los demás, como el Pino y la Encina que solo se hallan en la Vuelta de Abajo, hácia el cabo de san Antonio, como mas propios de aquel terreno; así tambien debe sospecharse, que el Cacao fué hallado por los primeros habitantes en el territorio de los Remedios, y que conocido su uso, le cultivaron para su consumo.

Que le cultivaron precisamente para su consumo, se conoce, en que habiendo cacahuales tan antiguos que no se tiene noticia de sus sembradores y primeros dueños, sus cosechas no se esportaron como artículos de comercio hasta pasados los dos tercios del siglo anterior en que conocida la bondad del fruto por los vecinos de Puerto Príncipe, principiaron á conducirlo y consumirlo con preferencia al de la Costa Firme. En ese tiempo en que comenzó á estimarse, se vendía en la cosecha á 6 pesos quintal. Ha seguido constantemente consignándose á Puerto Príncipe la mayor parte del que se produce y con él unicamente ha mantenido este comercio exceptuando alguna vez que interrumpida la introduccion del de Caracas en la Habana se ha solicitado de allí y conducido algunas porciones para suplir la falta, ó dilacion del otro. De algunos años á este tiempo se han hecho tambien consumidores de este grano de los Remedios, las villas de Sti. Spíritu y Santa Clara: y esta con preferencia al de la Costa Firme que se introduce por la via de Trinidad, vendiéndose el de aquí á mayor precio que el otro.

La concurrencia en solicitud de este grano de los tres pueblos espresados, aumentó el número de cultivadores y de plantíos: y en el dia no hay hacienda de criar ganado menor (cuya crianza ha decaido notablemente) que no haya destinado alguna parte de sus terrenos para esta siembra, siendo en las mas de ellas su principal producto, del cual saca cada propietario la primera renta de su subsistencia. La cosecha en comun producirá de cuatro á cinco mil quintales: de esta se conserva una octava parte para el consumo propio de la villa, quedando las siete para la esportacion á los pueblos referidos, lo que le produce una entrada de 60 á 70 mil pesos. Esta renta es invariable, porqué siendo la extraccion infalible, en los años fértiles se vende de 15 á 20 pesos quintal, y en los estériles cuando la cosecha se reduce á la mitad ó menos, se espende de 28 á 40: así para el propietario, es mas útil el año malo que el bueno: porqué su renta no se disminuye, y emplea menos brazos y trabajo en cogerle y prepararle.

La tierra para sembrar este grano debe ser montuosa, y aunque prevalece en cualquiera, como sea dentro del monte, se prefiere la bermeja: se limpia de cuanto puede hacerse con el machete, dejando todos los árboles que no se derriban con este instrumento, y desembarazado el monte, se procede á la siembra que se hace de este modo.

Después de haber estraído el grano de la caja en que se cría escogiéndole en estado de madurez y limpio de las fibras que le unen, hacen en cada paraje donde ha de quedar una mata, tres hoyos, con la distancia en triángulo de media tercia de uno á otro, y en cada hoyo se pone un solo grano, que no le cubra la tierra y sí solo le sujete, quedando la mitad de él descubierta, y tapado únicamente con las hojas secas que hay en el suelo. Siguen sembrando del mismo modo á cuatro varas de una á otra mata, con la misma distancia de calle.—Dentro de tres meses se resiembra para suplir el que no ha nacido, ó al que después de nacido se puede secar.—Conforme va creciendo, necesita que le desembaracen de la sombra, y le entre el sol para que le fortalezca: para conseguirlo paulatinamente se valen del arbitrio de serrar los árboles, quienes secándose poco á poco se van gradualmente acostumbrando al sol, el cual le da fuerza y le prepara á la germinacion, que regularmente es á la edad de cuatro á cinco años en que principia á florecer. Nunca en la primera y segunda cosecha se logra mucho fruto, pero en la tercera es abundante y queda asegurado el árbol, pues de este tiempo en lo adelante no se le conoce muerte, porque los mas furiosos uracanes que los sacuden, y desgajan de mil maneras, no hacen otra cosa que prepararlos á mejores cosechas.

Creciendo el árbol impide con su sombra que nazca hierba á su pié, y no necesita de mas aseo que quitarle las ramas secas que rompen el viento ó los colectadores de las cajas, quienes regularmente las desprenden de las ramas á golpes con unas varas largas, y tambien se debe arrancar una especie de planta que nace en las junturas de las ramas, y se conoce con el nombre de curujey.

Hay tres especies de cacao que aunque no se distinguen por el grano, se nota su diferencia en la estructura y color de la caja: uno la tiene en su madurez de color amarillo blanquecino con la figura de un pequeño melon de Castilla, y este es de mejor calidad, porque tiene el grano mayor y mas oleoso, pero el árbol produce menos número de cajas.—La segunda especie, trae la caja en su madurez de un color blanquecino verdoso, mas blanco que verde y de la misma figura que la primera, y estos cargan mas fruto, con el grano mas pequeño y no de tanto aceite.—Los de la tercera especie tienen las cajas mas pequeñas y de color rojo oscuro, el grano mas menudo y me-

nos grasiento, de la misma figura que las otras dos; pero la corteza es mas lisa, y los árboles de esta especie son sin comparacion mas productores que las otras. Estas diferencias, exceptuando la del color, son poco sensibles.

A estos árboles no se les conoce enfermedades; pero á sus frutos los persiguen las vacas quienes se comen cuantas cajas pueden alcanzar, los ratones, jufías y murciélagos que pican y roen las cajas, lo que basta para secarlas y enfermar el grano, y las cotorras, que con su duro y cortante pico deshacen la caja para sacar el grano, que vuelven harina.

En cuanto al modo de desarrollarse, es en los meses de diciembre y enero que comienzan á florecer, y cuajar la caja. En este primer período le es sumamente nocivo el frio si es de duración, porqué quema la flor naciente ó seca la caja recién nacida. En los de febrero y marzo suelen soplar los vientos del Sur, y estos dias le son muy perjudiciales, porqué les consume el jugo que alimenta el grano, no crece y queda en un estado que los cultivadores llaman *pisilla*, esto es, el grano muy pequeño y con poco ó ningun aceite. El mismo efecto le causa la seca cuando principia muy temprano.

Este árbol es tan fecundo que no tiene parte que esté exceptuada de brotar cajas, sino es en la raíz que tiene cubierta la tierra, pues en la que suele descubrirse porqué el agua la descarné, se le ha visto producir las. Completa dos cosechas al año, la una es segura por el mes de junio y titulan de *san Juan*, y la otra por diciembre, falible, no abundante y que nombran de *santa Lucía*.

Luego que empieza á madurar, lo cual se conoce en que las cajas van torciendo el color á manchas blanquecinas, principian también á derribarlas del árbol y conducir las á la casa en donde tienen canoas de fermentación: se abre la caja, se extrae el grano, y limpio de las fibras que le unen, se pone en la canoa y se cubre con hojas verdes; la mas usual es la del plátano: estas tocan el grano por arriba, y encima ponen otra cubierta de cualquiera cosa, conque quedé bien tapado hasta el segundo ó tercero dia que se descubre, y se encuentra muy caliente. Se revuelve bien, y se torna á tapar por dos ó tres dias mas, que ha concluido la fermentacion; y ya frio, habiendo adquirido un color rojizo, se saca de la canoa, se estiende en esteras ó cueros, se pone al sol por cuatro ó seis dias, cuidando de quitarle de las diez del dia á las tres de la tarde, y de

revolverle con frecuencia para que seque con igualdad. Pasados los dias de sol, se coloca á la sombra en paraje que entre el viento francamente y se estará siempre removiéndole: cuanto mas seco, es mas consistente y menos espuesto á picarse de un insecto que llaman *palomilla*, el cual taladra el grano y le trabaja como la carcoma á la madera.

El modo mas comun de sembrar este árbol es como se ha esplicado; pero algunos dicen que es mas segura la siembra de semillero, porqué se ahorra la resiembra &c.: para el semillero se prepara la tierra suficiente, bien revuelta y desboronada, se riega en ella el grano aunque quede muy junto, se tapa con una capa de la misma tierra pulverizada que apenas cubra el grano, y se riega con bastante agua hasta que esté bien húmeda: á los tres ó cuatro dias revienta, echa raíces, y empieza á brotar el tallo que suspende el grano para desplegar la hoja. Cuando está en esta situacion, se saca del semillero y se planta en el paraje donde debe quedar. Se afirma que así no se pierde grano, y lleva el árbol su perfecta direccion.

Algunos cosecheros curiosos dicen que han observado que la caja arrancada del árbol en la menguante de luna, dura mas tiempo sin corromperse, ni picarse de la palomilla, como el que se coge en tiempo de creciente.

Los cosecheros no dan razon clara de las libras de grano que puede producir un árbol solo; pero están acordes en que 10.000, en años fértiles, producen de 6 á 8 arrobas: que un ceron de carga lleno de cajas se regula en una arroba: que á un ceron le entran 400 cajas; y es la única cuenta que llevan para calcular con cuantas arrobas pueden contar en la cosecha.

Esto es cuanto se puede adquirir sobre el cultivo del cacao; y cualquiera otra cosa que se diga con respecto al de los Remedios, será una suposicion; pues la esperiencia no ha enseñado mas hasta esta fecha. Los que se dediquen á este cultivo harán ensayos para su mejora, pues los apáticos habitantes de los Remedios no han hecho mas que seguir los pasos de la naturaleza, sin apremiarla, conformándose con lo que quiera producir.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION OCTAVA.

DE LAS PALABRAS, SU PUREZA, CORRECCION Y PRECISION.

La *elocucion* que trata de elegir y colocar propiamente las palabras, que es el primer instrumento del *arte de bien decir*; exige que sean puras, correctas, claras, precisas y naturales; dotadas de aquella gracia, energía y decoro necesarios para transmitirnos la idea de manera que en uno nos instruya, deleite y persuada. Lo que no se aprende en un momento, sino con asiduidad en el trabajo; que no se logra con la sintaxis y vocabulario de una lengua, sino estudiando sus modos de decir y el estilo de sus elocuentes oradores. No tocaremos los principios gramaticales que damos por sabidos con toda la escrupulosidad de la escuela y cuyo estudio nos llevaría demasiado lejos.

Pureza de las palabras.

Parecería inútil recomendar el uso de las palabras castizas y darlas la significación que tienen; pero harto doloroso es confesar que también en nuestros días se infringe este precepto con mengua del idioma español á quien una jerga bastarda contamina. Pobres de obras maestras científicas, acudimos al extranjero, y al tomar sus luminosas ideas espresamos involuntariamente con sus palabras, sus conceptos. En vano luchó Capmani, y los *detalles*, *honorable*, *ser supremo*, que hasta el Diccionario de la lengua trae, publican la ignorancia del siglo. Tenemos casa de *Maternidad* y de *Beneficencia*, y las aulas no tardarán en llamarse *talleres de entendimiento*.

Hay oraciones cuyas palabras aunque españolas se toman en diverso sentido del que el uso enseña, como *terreno unido* por llano, se *entretentan* por se hablaban, y otras que por su coordinacion forman *galicismos*, *anglicismos* &c. Un sujeto que había vivido con Moratin, dijo hablando de él: *Moratin en un pequeño círculo de amistades era muy gracioso aunque hacía el adusto en la sociedad*, y nadie le entendió, por qué siendo del país no hablaba castellano. Al fin, uno que sabía de francés le tradujo diciendo: *que con sus amigos era chistoso, aunque adusto en el trato social*. Ya no gustan el Quijote, ni el Padre Isla, ni el Mtro. Leon, ni el venerable Granada que tienen, dicen, un estilo chavacano y fastidioso, con largos períodos y antiguas frases, que hablan tan claro que los entiende un niño; quieren un idioma nuevo, truncado como el de los autores franceses, que todo lo toque y nada profundice, idioma á la violeta que llaman filosófico y zumba en los oídos sin que entiendan los conceptos.

También dañan á la pureza del lenguaje, las palabras nuevas, los arcaísmos y neologismos.

Aquella novedad puede consistir en el uso de los términos derivados de nuestra lengua ó en el de los tomados de una estraña. Siempre que los primeros sean absolutamente necesarios para la energía del discurso, su fluidez y melodía pueden y deben usarse digan lo que quieran los puristas. Así de *improvisio* se puede sacar *improvisar* y de muchos sustantivos y adjetivos podrán componerse derivados que sin ofender la gramática enriquezcan el caudal de la lengua. Ni se irá á caza de

terminaciones raras con objeto de lucir una erudición intempestiva, como Lope, sino que se buscarán las mas comunes y usuales. Más necesita de esta libertad el poeta á quien tanto esclavizan el número y la armonía que á veces se le permite formar palabras por composición y elision. Reinoso dijo bellamente *ori-ambar* en su Inocencia perdida, y otros muchos *despiadado* &c. sin ofender el oido y deleitando con la novedad la inteligencia.

En cuanto á las palabras derivadas de otra lengua, solo debemos tomar las absolutamente necesarias, sin suplentes, como los nombres propios, los términos de las ciencias y las artes, y una que otra espresion que el influjo de las leyes, usos y costumbres de aquellos países hicieron forzosas, pero que desconocidas un tiempo entre nosotros con los años se nos transmitieron. Sería mala afectación de purismo usar de circunloquios si una sola palabra nos revela la idea, y mucha ignorancia procurar hacer combinaciones griegas y latinas cuando el francés ó el alemán nos ofrecen el término propio, adecuado y conocido. En estos casos el orador semejante á Molière toma su caudal donde le encuentra, nunca descuidando dar á sus palabras la terminacion ó indole del idioma nativo, pues de otra suerte descubrirá el robo no enriqueciendo sino adulterando la lengua.—La buena introduccion de las palabras, constituye la *neología*; tiene sus reglas y sus aplicaciones y no puede confundirse con el *neologismo*.

El *arcaísmo* se comete de dos maneras, ya empleando términos anticuados, como *magüer*, *mesmo*, *agora*; ya usando los que existen, en una significacion perdida, como *atendía* por esperaba, *arte* por modo, *disciplinas* por estudios. Al par de las costumbres, así cambian las palabras, la ortografía y la prosodia, y el hechizo de la novedad hasta el lenguaje se trasmite. Pero hacer agravios á la prodigiosa dulzura y magestad de los Cervantes y Granadas por lo anticuado del estilo, injuriar de cansados y pedantes los jóvenes estudiosos que á imitarles aspiran, y preferir al suyo el satírico, filosófico y bárbaro lenguaje de los escritores á la francesa; es acallar nuestra curiosa solicitud con la estravagancia, es querer producir con palabras, efectos que los innovadores no pueden alcanzar con las ideas. Así antes de proscribir una espresion por anticuada debemos inquirir si hay otra que pinte con igual energía el mismo objeto. Si se encuentra, abandonaremos la olvidada. Si

falta, es un término propio de la lengua que solo la ignorancia ó la carencia de ocasion, momentáneamente desecharon.

Algunos quieren dar por anticuadas las expresiones con equivalentes modernos mas usuales, y proscriben la *bienandanza*, el *contentamiento*, la *pesadumbre* &c. como si el idioma pudiera ser nunca demasiado rico. Digan los poetas si palabras tan armoniosas, que tan bien cierran el número oratorio, aunque afectadas en el lenguaje familiar, no dan magestad y grandeza á los pensamientos elevados.

Ciertas expresiones anticuadas convienen al género burlesco y al satírico; otras solo al poeta se consienten, como *guisa* por manera, *luengo* por largo; y algunas terminaciones verbales insoportables en prosa dan energía y precision al metro. Estos términos bien elegidos encantan la imaginacion por la dificultad vencida, visten de mocedad á la vejez y hacen nuevos con su gracia los conceptos mas triviales.

A dos causas se debe el uso de expresiones anticuadas. A la ignorancia de sus límites en prosa y verso, que hace hablar rancio á muchos que quisieran ser castizos: y á la afectacion que es la mas frecuente como peculiar de los ingenios limitados. El buen gusto, solo nos salva de este precipicio.

Se llama *neologismo* la torpe introduccion de las palabras nuevas. Es tambien un defecto de sentido oratorio causado por la alteracion de los accidentes gramaticales, v. g. la terminacion en *oso* indica abundancia, y si llamamos *país montuoso* al que tiene muchos montes, abreviaremos con energía el lenguaje. Mas si decimos *laberinto montuoso* para señalar un monte intrincado como un laberinto, erraremos, pues cuando mas indicaría un laberinto lleno de montes. A pesar de ser una cosa tan sencilla, muchos han dicho *soledad selvosa* por selva solitaria, *musgoso verdor* por verde musgo &c., ya por descuido, ya por ignorancia.

Tambien se comete neologismo cuando los verbos neutros de los gramáticos *morir*, *enmudecer*, *respirar*, *gemir*, *palpitar* &c., que no espresan accion dada ni recibida, se usan como activos ó pasivos, diciendo, *palpitar sobresaltos*, *gemir arrullos*, *enmudecer el cariño*, ó bien *te enmudezco*, *te palpito*. Con todo, nuestros mejores escritores conservan la libertad latina en el verbo *vivir* y dicen *vivir vida miserable*, formándole de sí propio un acusativo.

Correccion de las palabras.

Elámense así las que siguen en todo las reglas gramaticales, salvo las que se omiten por las licencias de la retórica y de la syntaxis figurada. Autorizadas estas licencias por la costumbre bajo el nombre de *figuras de construccion* acrecen la energía ó fluidez de los escritos. Y si las faltas recaen en reglas de poca monta, y si el que las comete se ha adquirido el nombre de maestro, damos en el caso de escusarlas aunque la gramática en su rigor las recomiende.

Comun es en nosotros infringir dos preceptos esenciales, pues ni damos siempre á los verbos las preposiciones que rigen, ni distinguimos el pronombre neutro *lo* del masculino *le*; y á lo andaluz decimos: "el sombrero *lo* compré en la Habana." Estos errores publican la poca ciencia de la mayor parte de los directores de nuestras escuelas primarias, quienes nos vician desde la infancia en un defecto del que luego al hablar no podemos prescindir.

De la precision de las palabras.

Consiste en decir las únicas que bastan á pintar un objeto clara y brevemente. *Se daba entre los romanos una corona de laurel al primero que escalaba el muro enemigo*, es un pensamiento espuesto con toda la claridad y concision posibles. *Para recompensar el valor, se daba entre los romanos una corona hecha con las hojas del laurel al primero que escalaba el muro enemigo*: la misma idea se espresa con mas palabras sin ofender la claridad, pero sí el tiempo y la energía, pues ni se premiaba al cobarde, ni iba á formarse la corona con con el tallo del arbusto. Y no es esta la redundancia de que hablaremos en otros vicios que se oponen á la claridad; pues aquí se espresa una idea de un solo modo, con toda la claridad, pero no con toda la precision debida. Imitemos al que para describir el valor de un soldado y el horror de un encuentro, se espresa así: *Hizo lo que nunca, volver las espaldas.*

Dañan tambien á la precision el abuso de los demostrativos y relativos, defecto comun en los escritores á la francesa que á fuer de claros solo consiguen hacerse fastidiosos.

No se pide únicamente esta precisión en las palabras, se exige de igual modo en las ideas. Aquí reluce la destreza del escritor que diciendo lo necesario deja inferir los pormenores al oyente. Nuestro amor propio se complace al creer esfuerzo de nuestra inteligencia el simple resultado de la habilidad del autor, quien convencido de que al mirar una propiedad sobresaliente recordamos las accesorias, nos deja el placer de deducirlas.

CRITICA.

Carácter general de la crítica. — Epoca y forma que tenía en la antigüedad. — Influencia de la imitación y del análisis en las letras romanas. — Como la literatura antigua se redujo á la crítica. — Renovacion de ideas por el cristianismo. — Edad nueva de la crítica después del Dante. — Renacimiento del buen gusto en Italia. — Entusiasmo literario del siglo xvi.

En lugar de la fuerza de la mayoría y del título de prescripción que algunos alegan; — la crítica busca la verdad y la razón.

Una de las ideas que mas nos halaga al leer los escritos y discursos de nuestra época y que ciertamente debe agradar á todo el mundo, es la del progreso continuo de los conocimientos, el noble y bello desarrollo del espíritu humano, tan manifiesto en cada nacion civilizada y mas todavía en el movimiento comun de la Europa. Sin embargo, cuando nos contraemos al estudio de las buenas letras, parece como que esta esperanza se frustra; porqué á la verdad hay en ellas decadencias inevitables y está fuera de duda que la pureza, el esplendor de las artes de la palabra y la prosperidad de la imaginacion y del buen gusto no se sostienen en un mismo grado de celsitud; en razon á que después de las edades de poesía y de fecundidad, vienen las épocas de crítica, de análisis y de raciocinio; cuando ya la flor del pensamiento humano ha mostrado su lozanía, cuando un Homero, un Dante, un Tasso, un Milton, un Racine han pasado. Suceden y es preciso que así sea, largos siglos de renovamientos de civilizacion, de barbarie intermedias y saludables

para que el genio poético produzca de nuevo alguna cosa grande é imprevista.—Tócale á la crítica buscar las causas de este problema.

La crítica es tan antigua como las letras. El alfarero envidia tiene del de su oficio y el poeta del poeta. Así que de la envidia á la crítica no media mas que un paso; pero se puede asignar un motivo mas noble y generoso á la reflexion que juzga de las imaginaciones del genio.

Los primeros filósofos de la antigüedad se ocuparon tanto en el análisis y entusiasmo razonado de los poemas de Homero, que es cosa de ver como estos influían y se mezclaban con sus propios pensamientos. Dígalo Platon el primer comentar del poeta griego: — que los versos disentidos, aprobados y hasta los condenados por la moral, los cita y trae sin cesar en sus páginas mas bellas. Dígalo tambien Aristóteles el escritor de la historia natural del espíritu humano; el que no razonaba sobre poesía con ánimo de crear poetas, sino para consignar con el estudio de las obras de aquellos que se habían distinguido, los casos y proezas que había observado en la literatura activa, apasionada de la Grecia, en tiempos que la tragedia era una fiesta religiosa y la elocuencia de la tribuna era un poder que suple nuestra época con la publicidad, la imprenta y otros medios refundidos allá en la palabra de Demóstenes delante de todo un pueblo entusiasta.

Pero perdióse la libertad y el vuelo del pensamiento griego quedó abatido. ¿Qué importó que los sucesores de Alejandro, los Lagidas quisieran animar la gloria del ingenio griego transplantado bajo el cielo de Egipto? ¿que, construir una magnífica torre para astrónomos y una rica biblioteca para inspirar escritores y poetas? En vano son todas las bibliotecas del mundo para que nazca un poeta. Hicieron los Tolomeos, los Hiparcos descubrimientos preciosos; pero ¿qué poeta salió, cuál del museo de Alejandría? Hubo sí, algunos versificadores, mitad críticos y mitad poetas que hacían tragedias, himnos, epopeyas y cosas que llevaban el nombre mismo en los dias bienhadados de la Grecia libre é inspirada: — pero todas estas obras de jactancia de imaginativa no eran otra cosa que obras de ciencia y de industria; en cuyo sentido puede decirse que la crítica vino á ser el carácter único de la literatura.

En esta escuela no obstante, tal cual hombre raro, llegó á distinguirse entre los demás — Tan cierto es que todo lo que

se convierte en pasion puede ser origen de talento y servir de ocasion á buenos resultados. ¿Cuál fué al cabo de muchos siglos de semejante decaimiento la pasion de Longino? la gloria y el renacimiento de la Grecia muerta para siempre, la libertad, la religion ó alguno de los grandes estímulos que hacen latir á los corazones nobles y generosos? No: —era el amor de las buenas letras, la contemplacion de lo bello en las artes, la pesquisa de la perfeccion ideal que espresó tan bien Platon y que pudo traducir únicamente el orador de Roma.

“*Insidebat quippe animo species quaedam pulchritudinis, eximia, quam intuens in eaque defixus, ad illius similitudinem artem manumque dirigebat.*”

Esta especie de idolatría literaria por la belleza de la elocuencia, esta pasion la menos activa de todas, la mas ajena de la vida real, en las cuestiones solemnes que engrandecen á los hombres, pero al fin pasion, fué parte y bastó para animar al retórico griego con una afluencia que nos interesa y gana la atencion. Tal es el sublime de la crítica y la obra de la inspiracion.

Así la literatura romana nació á medias bajo la accion de las costumbres, á medias bajo el influjo de la crítica; porqué fué tanto el imperio de las letras que no pudo el pueblo romano al suceder á los griegos en la dominacion del mundo civilizado, dejar de someterse al prestigio y fuerza de saber que tubiera su augusta antecesora. ¡Cosa singular! Uno de los primeros poetas de Roma fué un crítico.

Horacio en efecto enalteció la crítica, tan rara vez elocuente aun entre los Griegos, donde había nacido del entusiasmo y perfeccion de las artes; la enalteció sin duda á la dignidad y á la pasion de la poesía. Por eso la literatura latina, mezcla de la inspiracion y de la crítica, descubre la imitacion y el análisis en las obras mas espontáneas de la elocuencia, en tales términos que al leer á Ciceron cuyo ingenio fué excitado por los acontecimientos mayores que pueden animar á los hombres, duda uno si estaba apasionado por la república ó por la elocuencia. — Y á la verdad la duda es difícil de resolverse. Si esplica las industrias de la táctica oratoria, si describe palpitando el corazon de gozo las victorias de la tribuna, si penetra las alegrías y congojas de los Antonios y Crasos, si admira la palabra ardiente y repentina que cae como un rayo en la *asamblea*, si se enternece por los Gracos que ha vituperado como aristócrata enloqueciéndose como orador, y cuando pasa

por todas estas emociones tan vivas; no nos parece tal consul, tal hombre de estado, ó al menos mas bien nos parece un escritor esmerado.

Este amor al arte junto con cierta inspiracion seria á que consagró su vida, dió causa á que Pompilio esgrimiera la cobarde espada en su cuello *dejando nada la elocuencia latina* como escribía en el siglo XVII nuestro poeta Arquifo, en uno de sus muchos celebrados sonetos.

Después de él á la elevacion de Octavio, cuando se estimó su reinado como la era del buen gusto y de la delicadez romana; cuando se pudo decir: *Augustum eloquentiam, sicut omnia, pacavit*: allí fué el apartarse la literatura romana de las altas vias de inspiracion original y del entusiasmo vivificador y entrar mas y mas en el camino de la imitacion y de la crítica. De aquí el carácter de artista que predomina á los escritores de esa época y la pompa que adquirió la elocuencia, *pacificada* á espensas del brio de virilidad que antes le daba vida. Ahuyentada del foro, se refugió en la historia y no halló tampoco la libertad de que estaba menesterosa. Tito Livio da á conocer que es un discípulo de los retóricos griegos de mas imaginacion y buen gusto; pero al fin retóricos. Las antiguas virtudes de la república le sirven de testo para bien decir y hacer que hablen con hábil elegancia los rudos viejos romanos. Así escribe la historia con el artificio sabio de un romano monárquico, como imita cuidadosamente á los Griegos del tiempo de Pericles; y Cesar escribía sus memorias en la viva y repentina inspiracion de las batallas y demás acontecimientos que refiere.

Duró este carácter hasta el punto en que los vicios de un gobierno bárbaro y corrompido abatieron el arte y el talento. El libro ingenioso y brillante de Quintiliano, un gran número de las cartas de Plinio, el *Tratado de la Elocuencia* que se le escapó á la juventud de Tácito, la sátira de Petronio donde están confundidas algunas lecciones de buen gusto con todas las impurezas del vicio; varias cartas de Marco Aurelio y de Fronton y otros muchos monumentos, nos muestran todavía que la literatura romana pasó por todas las tentativas de la ciencia literaria; que sucesivamente apuró la imitacion de los griegos; la imitacion de sí misma en su período de pureza; la de sí propia en los siglos de decadencia; que fué por turno de la innovacion del arcaísmo á la barbarie; y que á la postre no habiéndose renovado por una grande y libre inspiracion que se

derivase de las costumbres públicas, creía rejuvenecerse con artificios y recursos de sofista, con ardidés de escritor y con la imitacion mortésina de los libros antiguos á falta de afectos libres y de pensamientos originales. Porqué es tal el movimiento del espíritu humano cuando se ocasionan ingenios poderosos, que luego queda por muchos siglos reducido á trabajar sobre ajenas obras y vienen las letras á ser, en lugar de instrumento de sus esfuerzos;—el tema y propósito de los estudios y de los ánimos. Bajo pues de cierto punto literario é histórico, si los oradores cristianos, con sus nuevas ideas, su entusiasmo, sus mártires, sus pasiones de claustro y de púlpito á la vez, no hubieran venido al mundo; habrían continuado indefinidamente los comentarios de Homero y de Virgilio y fuera Escoliasta el universo. He aquí el carácter indeleble de la literatura en los últimos tiempos del paganismo griego ó romano.

Aparecieron por fin aquellos hombres poniendo en el mundo una pasión nueva y otro órden de ideas incógnitas; y aunque concedores del mérito de las letras profanas se dejaron de imitarlas por temor de idolatría; con la que hicieron la mas grande de las revoluciones contra el entusiasmo servil que retenía á los ingenios en la valdía contemplacion de las obras maestras de la antigüedad. Pasó este celo al punto de barbarie como se advierte en el siglo VI, cuando Gregorio el grande escribía á un obispo increpándole porque sabía y enseñaba la gramática cuyo estudio se consideró por este Papa como profanacion pagana.

De esta prodigiosa revolucion salió lentamente toda una literatura. Entre tanto corrieron muchos siglos de barbarie, de aniquilamiento y de la preocupacion de nuevas ideas que solo servían á la elocuencia religiosa. El entendimiento humano dormido é indiferente á la inspiracion y á la crítica necesitaba de la aparicion de un gran ingenio que le despertase al gusto de los estudios y de las contemplaciones poéticas: había menester de un Homero que naciese de las ideas, de las creencias y de las pasiones nuevas; que naciese de la barbarie de la edad media, como el primer Homero, ó como la escuela Homérica salió de la agitacion de las guerras de la Grecia en Asia:—y el Dante fué. El homenaje mas cumplido que quizás se ha tributado al poder de las letras latinas, conservado al través de todas las alteraciones del pensamiento humano, es el sello que puso el ingenio de Virgilio al ingenio del Dante.

Dante, teólogo sublime y semibárbaro, de un ingenio pro-

digiosamente poético y sutil vió en Virgilio un maestro de la palabra y una especie de encantador, cuya magia debía abrirle el paraíso. En él se mira uno de los ejemplos sobresalientes de la extraña confusión que producían las reminiscencias de la antigüedad y la avenida de pensamientos nuevos á favor de una cándida ignorancia; mas al cabo fué quien puso en movimiento y la llamó á la contemplación de las obras clásicas. Renace luego la *crítica*, el espíritu de comparación, de análisis y la admiración sabia é ingeniosa. Todavía hay en Italia cátedras consagradas á la interpretación del Dante; interpretación menos literaria que histórica; porque los comentadores se dan á buscar ciertas antigüedades, á legitimar los derechos de algunas ciudades, cuando no á justificar genealogías, si ya no es que se empeñan en salvar tal ó cual familia de la desgracia de haber estado en la persona de sus antecesores en los círculos infernales del Dante.

No fué así por cierto el primer carácter de la interpretación *Dantésca*; que Boccaccio y un hijo del Dante [mismo encargado de ella, se ocupaban con mejor acuerdo en penetrar el misterio teológico tan esencial á la poesía de la edad media. En algunas páginas del comentario de Boccaccio, aunque forma contraste singular este contador de cuentos, con la sublime y salvaje imaginativa del Dante; es maravilla ver con que sagacidad y entusiasmo cala y profundiza el pensamiento del gran poeta.

Ya pues, nos volvemos á hallar á mediados del siglo XIV con la crítica literaria y otra vez despertado el buen gusto con la aparición de un ingenio como el Dante.

Dice un poeta inglés que: "Nosotros nacemos originales y venimos á morir copistas"—y muestra su despecho al considerar que no podemos escapar de la acción de los hombres de ingenio que nos han precedido, ni sacudir el yugo de sus ideas. Quedó por tanto parte de la Italia siendo copista del Dante por mucho tiempo, como que las imaginaciones fueron de tal forma excitadas por el poder de esta primera fantasía dominante que al intento de crear alguna cosa se les ofrecía á la memoria.

Muy en breve esta *crítica* de entusiasmo vino á parar en crítica de erudición. El Dante, informado por la antigüedad, aunque conmovido por su propia fuerza y por la teología de su

tiempo, dió la señal á la poesía y á la ciencia; de forma que animado el amor á las artes, no pocos, sin volverse creadores como él, se precipitaron hacia los monumentos de la antigüedad que comenzaba á despejarse de las ruinas. Descúbranse los tesoros de la Grecia y los de la antigua Italia: mudan los hombres de teatro y de entusiasmo; prescinden de las ideas teológicas que los habían entretenido los primeros siglos, y se cambia la admiracion al ver las obras maestras de la antigüedad profana. Aquello era ya idolatría: pasó la crítica de pasión á ser cosa como de culto de religion en el siglo XV y XVI.

Muchas imaginaciones italianas que la edad media rodeaba todavía cedían al encanto de los idiomas de la Grecia y de Roma, y se embelezaban con los maravillosos monumentos hasta tal extremo que no podían separar la forma de la materia llevando envueltas en su entusiasmo la belleza del lenguaje que las encerraba y las fábulas raras que el mismo lenguaje había cubierto con inmortal esplendor. Tanto es el poder de las letras, que ni el progreso de las ciencias exactas, ni los cambiantes é inestabilidad de doctrinas, ni la decadencia del arte son capaces de destruir por cuanto que tocan la parte mas sensible del hombre:— á la mas viva y mas popular de todas las emociones.

Tambien en el siglo XVI la *crítica* naciente se extendía y fortificaba con la vetusta erudicion. Fué una edad nueva. Hoy hay estudios, reuniones para juzgar de la literatura moderna, ya tan vieja, de los comentarios mas ó menos sensatos y discretos acerca de las producciones de los escritores eminentes del último siglo, sobre las semejanzas y diferencias de las literaturas modernas. Mil son los objetos de distinto interés y de distraccion sabia que dividen los ánimos en la actualidad; pero adivinemos cuál sería la impresion viva de curiosidad, y de entusiasmo en los nuevos Liceos de Italia, cuando esta literatura rancia para nosotros, era jóven, lozana, cuando salía ayer de la tumba, cuando llegaba de la Grecia por la mañana en una nao fugitiva, cuando la fantasía italiana, quizás la mas fecunda de todas, preludiando con el estudio la inspiraçon inmortal de Ariosto y del Tasso, esplicaba por la boca elocuente de Policiano, con un valor sin par, las maravillas del ingenio de Homero, la gracia y grandeza del de Sófoeles y de Eurípides... ¡Oh quiénes como ellos!

Entonces tuvo la *crítica* elocuencia: entonces fué un po-

der, un entusiasmo que hacía verter lágrimas y palpar el corazón no solo á los jóvenes italianos, sino tambien á los frios germánicos, á los franceses, á los ingleses, á los burguñones, que acorrían desde luengas tierras y por penosos viajes para oír á los hombres nuevos de Italia, interpretando las obras maestras de la antigüedad.

De este modo las letras cada dia ejercían un señorío activo en las almas: creaban un nuevo poder moral distinto de la influencia teológica y oponían una resistencia mas al imperio de la fuerza brutal que había reinado en la edad media. Levantose de en medio de esta viva preocupacion que inspiraban las reminiscencias y estudio de la antigüedad, levantose el ingenio moderno, no ya salvaje en su grandeza, irregular en su sublimidad, antes al contrario gracioso, correcto y seductor al mismo tiempo....— el Tasso. NO se ve que el arte le sea como una especie de instinto: lejos de eso, se conoce que cuanto la filosofía de las artes y la reflexion pueden dar á un ingenio, tanto poseía; pues jamás hubo poeta mas sabio, ni sabio mas poeta. Ni es esto decir que tal riqueza, tal saber y el embarazo de recuerdos los tuviese presentes cuando hacía sus versos fáciles y deliciosos; sino que este primer influjo de los libros como cualquier otro que verifican las impresiones de la vida, el movimiento del mundo y el trato íntimo con hombres eminentes le servían para crear después, sin conciencia del origen, del impulso y direccion. A fuerza de modificar, instruir y esclarecer su ingenio calificado, la accion de una crítica estudiosa empleada en la lectura de Platon, Homero, Virgilio y el Dante, y el conocimiento de la antigüedad como de la edad media ¿cómo podían esas impresiones anticipadas que venían tan de atrás aunque quisiera desecharlas, dejar de percibirse y ser parte de sus mismas creaciones originales?— Así era la Italia: crítica é ingeniosa, y simultáneamente fecunda.

Pero cuando una forma de sociedad civil envejece, se debilita y se arruina, tambien las letras pierden su lozanía y esplendor, hasta que cambios favorables presentan ocasion al renacimiento y algun fecundo principio se introduce en las costumbres que llame y ocupe los ánimos. Aun en las naciones quizás no mejor nacidas á las artes, pero que alvergan estímulos de movimiento, como en Inglaterra el poderoso de la libertad; la poesía lánguida logra nueva energía y conorte.— Byron en efecto, hace cadena con los claros é ilustres ingenios de que

está separado por cien años de intersticio. Sin embargo la decadencia suele interrumpir el progreso de la civilización, pero casi nunca es continua cual lo prueba la historia de la humanidad.

El adelantamiento social y los casos contingentes que parecen desviar los ánimos del estudio de las letras y sustituir á su amenidad los intereses graves y de mayor valía alientan y vivifican los vastos dominios de la palabra. En nuestra España después del entusiasmo religioso, después de la gloria de la guerra, después del orgullo de los descubrimientos, y después del esplendor de la poesía, cayó el ingenio desde antes del siglo XVIII y sin estímulos que le levantasen se redujo al valdío y vano trabajo de alambicar los pensamientos y á la manía de sutilizar: — en fin, se entregó á la escuela de Góngora. Algunos poetas aparecieron para volver la naturaleza de afectos, que salvándose de las influencias exteriores, sale íntegra de una alma apasionada y conmovida. Pero con esta excepcion que mas pertenece al hombre que á la nacion, España un dia tan poética pareció dormida á las artes, como que la literatura sufre ó sigue los casos accidentales que ocurren en el proceso de la vida humana.

¿Y qué, el buen gusto no es permanente y perdurable como la verdad? Es movable como el uso y las costumbres de los pueblos? qué, las influencias sociales deben rejuvenecerle y modificarle, y hasta el capricho puede mudarle? (1)

Dos máximas no obstante ofrecen principios oportunos sobre el móvil y resultado de lo belio. "Para tener gusto:— tener alma." Los pensamientos magníficos vienen del corazón." ¡Qué de cosas en tan breves palabras! El gusto no es una teoría, ni dogma, ni tradicion de Grecia ó Roma: se encuentra siempre y cuando el alma vivamente se apasiona y conmueve: se educa, abona, y mejora al paso que la sociedad civil adelanta en afectos de dignidad moral, y conseguimos nosotros acenrar nuestra condicion. Sin excepcion, al hablar el alma, cuando ha sido elocuente, y cuando ha respondido, se presenta un tema de buen gusto. Tal, si al oír al predicador que cuenta á una madre el sacrificio de Isaac encargado por Dios á

(1) Preciosas reflexiones ha escrito D. Agustín Duran que en cuanto á nuestro teatro son felizmente aplicables y cumplen á la resolucion de alguna de estas dudas casuales.

Abrahan, repone la lastimada mujer: "A buen seguro que Dios hubiera encomendado el sacrificio á una madre." ¿Os da cuidado de que estas bellísimas palabras sean así segun las reglas del buen gusto? — El alma las percibe, las halla y no como quiera, sino para la admiracion y saber de todos los tiempos.

La otra máxima: "Los grandes pensamientos vienen del corazon" no es menos fecunda, ó mejor dicho, entra en la primera, y se confunde, porqué cada vez que el corazon se conmueva se ha de elevar al grado más alto de verdad. Es una regla tal vez mas cierta y segura que la general de asemejarse á la naturaleza, pues esta ¿qué es sino la emocion del corazon humano? No se necesita por tanto, decir que los antiguos fueron mas eminentes oradores ó poetas por su mayor aproximacion á la naturaleza; la cual no se ha confinado á punto distante de nuestro alcance. La naturaleza es el alma del hombre y siempre que prospere por afectos de virtud y de justicia, las buenas letras, las artes de la palabra deben tambien mejorar de condicion; por cuanto que la literatura está ligada con los intereses y causas mas nobles y ha menester no solo de paz sino de dignidad moral y virtudes públicas para su acrecentamiento.

LA

CONDESA DE MERLIN.

MIS DOCE PRIMEROS AÑOS.

Habiendo aparecido en esta Ciudad una traduccion de Mis Doce Primeros Años, obra escrita en francés por la Sra. doña Merced Santacruz, condesa de Merlin, hemos creido oportuno consagrar algunas líneas á esta ilustre paisana, que honrando el nombre de su patria ha conquistado un nuevo lauro para las hijas de la predilecta hija de los mares.

La Sra. doña Merced Santa-cruz nació de los Sres. con-

des de Jaruco, en la Habana; pero se fué en tan tierna edad para Europa, que apenas pasó en el país natal sino su infancia. Sin embargo se conoce que su imaginacion se había desarrollado ya bajo el ardiente cielo de los trópicos, pues de otro modo no es posible que conservase tan vivas reminiscencias de la naturaleza cubana y de las costumbres de aquel tiempo; así que, ella misma se presenta como en prueba de la precocidad de su entendimiento, y confirmando el principio que tan felizmente ha vertido en *Mis Doce Primeros Años*, á saber: "que en el clima de Cuba no hay infancia."

Nosotros que sometidos al influjo de las circunstancias mismas de la Sra. Merlin, hemos acostumbrado nuestra vista al océano de la luz que nos circunda, y se nos han hecho familiares los originales cuadros de la naturaleza, y hasta algunas bárbaras y selváticas costumbres; nosotros, repito, no podemos gustar de la sorpresa y novedad que un extranjero en la lectura de los cuadros á veces brillantes, á veces melancólicos de nuestro país, que con tanta maestría traza la Sra. Merlin.

Pero por otra parte tenemos la ventaja de juzgar con mas acierto de la veracidad de sus pinturas, y en esto se encuentra un manantial tan fecundo de placeres, que ninguno leerá *Mis Doce Primeros Años*, con mas interés que un habanero.

Esta es la primera obra de una paisana nuestra que se ha presentado en Europa, con la particularidad de haber hecho en sí misma la personificacion de una Criolla, escogiendo su patria por teatro, y por época su infancia.—Desde el tiempo á que se refiere la Sra. Merlin acá ha variado mucho nuestra sociedad, por eso algunas personas han calificado su obra de novelesca; pero es una equivocacion, porque nada hay en ella de supuesto, ni los acontecimientos ni los personajes.

Lo que sucede es, que la Sra. Merlin posee un genio enteramente original, que la ha distinguido en todos tiempos. Ahora como entonces, en París como en la Habana, su imaginacion ardiente y atrevida no ha podido estrecharse jamás en ningun círculo, y lanzándose fuera de los límites que la rodean, si no sabe una cosa, la adivina. Así es, que todo el mérito y el encanto de sus escritos consisten en ser ella misma la que se pinta, descubriéndonos en el estilo mas fácil y delicado su corazon y su pensamiento.

"Pienso porqué sicut, y escribo lo que pienso. He aquí

todo mi arte.”—Esto ha dicho la Sra. Merlin, y estas son las premisas de que debe partir el que quiera formar un juicio acertado de sus obras. Yó por mi parte no busco en ellas ni erudicion ni sabiduría, sino las misteriosas revelaciones de una fantasía vírgen, que tanto en los bosques de Cuba, como en las capitales de Europa, se ha ostentado siempre llena de novedad, ternura y poesía.

No es mi objeto tampoco hacer el juicio crítico de las Memorias de la Sra. Merlin, sino dar una lijera idea de su vida y su carácter á fin de inclinar los ánimos en pro de esta escritora que se ha presentado en el campo de la literatura europea sin pedantescas pretensiones, y sin otros títulos que su sensibilidad é ingenio.

Desde el regazo de su *mamita*, y de las *guarda-rayas* de Cuba, por donde corría descalza y en cabello, fué trasladada la niña Merced á la corte de Madrid, donde puede decirse que comenzó su educacion. Este es el período contenido en mis doce primeros años, el mas curioso por cierto de su vida, y cuya publicacion hecha en 1833, produjo en París un grande efecto, tanto por la originalidad del asunto como por las bellezas del lenguaje.

Durante su mansion en la corte, en una época tan fecunda en acontecimientos, creció Mercedes y completó su educacion. Allí tuvo facilidad de tratar íntimamente con los ingenios y personajes de aquel tiempo, y recoger de este modo un gran caudal de anécdotas y observaciones con que ha amenizado sus Memorias.—Habiendo contraido matrimonio con el general francés Mr. Merlin, tuvo que pasar á Francia, y establecerse en aquel país, adoptando como propios el idioma y la patria de su esposo. Sin embargo, ningun afecto reina con mas vehemencia en el corazon de la Sra. Merlin, que el del amor á su país. A él han sido consagrados sus primeros recuerdos, y en todas sus cavilaciones, y hasta en sus mismos sueños, se imagina contemplar el brillante sol que iluminó su infancia, cree ver las vírgenes florestas de Cuba, oye el ruido de su corriente y palmares, y siente la brisa embalsamada de los trópicos, cuyo soplo es, como tan felizmente ha dicho ella, “el mas precioso bien para el cubano.”—De otro modo mas positivo ha manifestado tambien la Sra. Merlin su patriotismo, pues cuantos paisanos han residido en París, han sido, y son obsequiados y servidos por ella como hermanos.

Su trato y su carácter merecen tanta estimacion en aquella capital, que los mas célebres artistas y los hombres mas notables han preferido siempre su sociedad á la de personajes del mayor rango y poderío. La codiciada Malibrán dejaba de cantar en la casa de un Príncipe, por contribuir sin interés alguno al lucimiento de las funciones de la Sra. Merlin.— Agréguese á esto que ella misma es una artista distinguida, y que en clase de aficionada, ninguna voz ha resonado en los salones de París mas encantadora que la suya. Si á esto se añade la belleza de su persona, de que todavía conserva muchos rasgos, pues al cuerpo mórbido y perfecto de una habanera, á la boca y los ojos de la raza arábica, reunía la elegancia y soltura de una francesa, cualquiera podrá formarse idea de todos los atractivos de su amistad.

Les he oido decir á personas que la han tratado de cerca, que sus escritos están muy lejos de igualarse todavía al hechizo y originalidad de sus conversaciones. Esta observacion destruye la calumnia que han levantado algunos detractores del ingenio en la mujer, propalandò que la Sra. Merlin se ha valido del auxilio de un hombre para escribir sus obras.

Concluiré, pues, este artículo, invitando al traductor de *Mis Doce primeros Años*, á que continúe dando á conocer á las hijas de Cuba las producciones de una paisana que las honra, y cuya reputacion es europea; pues no pongo en duda que todo cubano contribuirá al mejor éxito de su empresa, siempre que desempeñe sus posteriores traducciones con tan buen acierto y esmero como la primera.

ANECDOTA.

Un buen hacendado de la Vuelta-arriba, oía atónito los prodigios de las máquinas de vapor cuyos efectos le contaba un jóven que acababa de recibirse de abogado y á quien dió posada. El jóven atónito del placer de aquel buen hombre que con la cria de ganados estaba en la abundancia, y de nada le servían los vapores, no pudo menos de preguntarle de donde nacía su contento. Amigo, le respondió el montero, hasta ahora los vapores de mi mujer solo han servido para darme quebraderos de cabeza, y si mañana caigo en la miseria iré á la Habana seguro de lograr mi subsistencia.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

LAS 8 DE LA NOCHE EN LAS CALLES DE LA HABANA.

Me hallaba hace algún tiempo en una de aquellas melancólicas situaciones en que el hábito del ejercicio luchaba con la ociosidad á que me forzaba mi situacion. Teniendo un pié recalcado, me era mas que doloroso caminar y pasaba las horas leyendo la *Tía finjida*, *el Amante Liberal* y otros libros viejos que solo servían para darme envidia por la dulzura y gracia del estilo, puesto que las ideas son tan sabidas de mí que creo me entregaba por la centésima vez á su lectura. Mi dichoso calecerro estaba por su parte á pleito con las muelas, y como se me acabaron los cuentos del *manco divino*, acometí á los del célebre Walterio. Para colmo de desdichas hube de topar con Carlos el temerario, en español, lo que me hizo destrozr toda la obra, y creo que si en aquel momento viera al traductor nos hubiéramos entrado á mojicones.

Quiso mi mala suerte que al dar la oracion se entrarán en mi casa algunas mujeres de la familia, y como ví que traían mucho que conversar, entré en su carruaje y me fuí á tomar el fresco de estramuros, reclinado como un duque en el asiento. Aunque el carruaje en que iba fuera *propio*, el caletero no estaba tan bien plantado que llamara la atencion, y la *volanta* no era tan linda, que digamos. Semejante observacion no me hubiera jamás ocurrido, si al doblar por la esquina del enrejado de S. Luis para ir á la Salud, no viera á mi caletero en pendencia con otro, que venía de la ermita que fué, por tomar la delantera. Tres lindas muchachas á quienes una luna de los trópicos me dejó á penas percibir, tal era la velocidad de su carrera, estaban vistosamente sentadas en su quitrin bajado el fuelle, y antes que las contemplara mejor, mi *volanta* que estaba mas próxima á volver se adelantó, y oí que decían: *anda que no puedes negar que eres de alquiler*. Amonesté al criado y quedé absorto del dicho, repitiendo en mis adentros: ¡Vaya que son humildes las habaneras!

Pensaba ya en tornar á mi morada cuando sentí que de pronto el carruaje se paró cerca de Guadalupe. Trataba de dar prisa al caletero porqué era tarde, y me callé observando que el paso se obstruía por dos quitrines, el uno de señoras que compraban zapatos y el otro de las que buscaban ropa en la tienda vecina. Iba ya cansado de la demora á mandar al caletero de estas abriera el paso, cuando ví que una quedaba dentro. Antojósele á sus dos niñas bajar, y para que la madre reconociera los lienzos le llevaban pieza por pieza cuanto había en los armarios, y aquella que ni á la luz vería bien, sin piedad de nosotros ni de la hilera que nos seguía, intrépida continuaba no solo sin moverse, pero ni siquiera dignándose dirigirnos una mirada. Bien conocí que sabía como estábamos, porqué al oír nuestros gritos de impaciencia, se reía á carcajadas con sus hijas y el dependiente. ¡Vaya que son atentas las habaneras! dije al cabo de media hora que fué cuando las amas de los quitrines, continuaron su camino dejándonos libre la calle.

En fin, llegué al Prado y corrí á mis anchas viendo parados de trecho en trecho algunos quitrines vacíos y ciertos bultos como de mujeres que se divisaban, allá á lo lejos.... Por la prisa no pude percibir si estaban solas ó si era una simple ilusion óptica la que me afectaba. No había teatro y por única fortuna pasé libremente la puerta del Monserrate: tomé la ca-

de del Obispo y aquí fué ello. Un quitrin arrebató la bocina á mi carruaje, otro me hizo añicos la zapata del lado opuesto armándome su dueño disputas para que le pagara las averías hasta que se desengañó de que solo el mio quedaba roto, y por fin uno que estaba vacío me cerró el paso. Quitrines por delante, quitrines por detrás, quitrines á la derecha, quitrines á la izquierda; quitrines hasta por las boca-calles. Ellos llegaban, pero no se movían después. Yo me había colocado oblicuamente entre el carruaje vacío y otro de alquiler. Bastaba que aquel se retirase un poco para que yo pasara y todo el cordón: así lo dijo mi calecero, y tal vez el otro lo iba á ejecutar cuando una graciosa niña le gritó desde la ventana: *No te muevas Juan, que estás á la puerta de tu casa y por nadie te has de incomodar.* Miréla absorto y dije: ¡Vivan las habaneras! tienen los calzones: ¿porqué no tomamos las mantillas?

La linda figura que haríamos, ellas con las casacas y nosotros con las peinetas, me volvió mi buen humor y huyendo de los contornos de Mma. Piteaux donde veía otra parada, di órden al calecero de que se apartara de las tiendas y de los túnicos en quitrines. En hora menguada le ocurrió irse por la de la Obra pía. Todas las mujeres embarazadas se habían dado cita para pasear allí su voluminoso vientre. Ya no temblaban ellas, que temblaba yo por un infanticidio. Corro á tomar la calle de Compostela donde respiré al fin porqué ningún carruaje ví que me estorbaba, cuando al primer paso gritaron: *para calecero*: al segundo, idem per idem, y no había cuando acabar. Ya era un jóven lechugino que sacaba á pasear su dulce prenda que apenas le tocaba el brazo izquierdo, mientras con el derecho sostenía toda la *humanidad* de una cuarentona. Ya otro jóven correnton ansioso de apretar los lindos dedos de su compañera la llevaba adrede de una á otra cera para ver esta fachada ó distinguir aquel velon y soltándola del brazo la presentaba su mano para salvar de un brinco el lodo, cosa que la jóven haría con mas soltura aunque quizás con menos gusto sin su auxilio, mientras la pobre madre aplaudía su atencion y su cuidado. Ya tres loquillas que doblaban riendo á carcajadas por la esquina, hablaban alto con su abuela, y gritando ¡nos enlodan! procuraban atraerse la proteccion de los paseantes.

Apeéme al instante y mandando á los infiernos el calecero, la volanta y mi mala fortuna, me puse á andar por esas calle

oyendo á diestro y siniestro que gritaban los chiquillos: uno, dos, tres, cojo es. Amenazeles con el palo y una pedrada que me rompió el sombrero me hizo entrar en una tienda mas que de prisa, donde me hallé con porcion de señoras en quienes observé tantas cosas que no cabrían en un solo artículo. Al fin pasó un Simon y dije al calecerero me llevara á S. Francisco.

El pobre, como casi todos sus compañeros á esta hora, iba como una cuba. El dolor de mi pierna aumentado con lo poco que anduve, me distraía, y Dios sabe en que punto pararía si un aire fresco y la vista de la cárcel no me hicieran gritar: ¿á donde vés?— Al Hospicio, me respondió el calecerero.— Maldita tu borrachera, le grité: á S. Francisco.— Ah, si, niño, respondió.

Y hétenos V. á principios de la jornada, doblando á la izquierda siempre que gritaba á la derecha, y á la derecha cuando quería ir por la izquierda.— Vé por donde quieras, dije al fin, con tal que andes despacio: el pícaro azotaba la pobre bestia sin consuelo y yo haciendo de tripas corazon, como dice el vulgo, traté de distraerme con lo que veía, pues esta gente no entiende otro modo de andar, que martirizando su caballo. Para evitar otro chasco parecido al anterior, miraba á todas partes, y no dejarón de llamarme la atencion varias cosas que se presentaban á mi vista. Lo mejor que puedo hacer es escribir mis reflexiones y las preguntas y respuestas que á mí mismo me daba.

¿Quién es ese caballero de cuarenta años que corre por aquella callejuela y viene delante de mí?— Es un rico comerciante que aborrece el matrimonio, por frialdad de alma y egoismo, y no se cree deshonorado seduciendo la pobre niña de una viuda infeliz ó la esposa de un hombre puro que libra su subsistencia en su trabajo y su felicidad en el amor de su consorte.— ¿Y aquel jóven caballero, ídolo de sus padres, qué hace por aquella ventana? Enamorará lo señorita de la casa? Se contenta con festejar á la criada y la hará después nodriza de su primer hijolegítimo, que corromperá un dia con su ejemplo.— ¿Y esos hombres que entran y salen del café haítos de brandi y de cerveza, y esos otros por cuyo lado no puede pasar sola una mujer honrada; á donde irán? A dormir la mona con mi calecerero los unos; á corromper los hijos de familia los otros.— ¿Y que hacen allí esas gentes de color y de distinto sexo? No po-

drán decirse amores en sus casas?—Porqué tantos padres descuidados dejan á sus niños correr las calles á esta hora?

¡Cuán triste eres, oh Habana, de ocho á nueve de la noche á la vista de un hombre cuya natural acrimonia se acrecienta con el dolor de su pié! ¿Porqué fatalidad no me es dado presentarte activa é industriosa, jóven y honesta, política y generosa? Son tus hijas, por ventura, egoistas y groseras?

No por cierto, Habana: pero en la inmensa cantidad de gentes que te habitan, hay algunas donde imperan aquellos vicios. ¡Felices nosotros, si consiguiendo la corrección de esta insignificante minoría, te vemos dentro de poco, como tus buenos hijos te desean: honesta, moderada é instruida, dando en uno el ejemplo de las buenas costumbres y de la ilustracion su inseparable compañera!

¡NO HAGA USTED CASO!

Reflexionando estaba yo ahora noches sobre el valor que debe darse en este pícaro mundo á las acciones y palabras de los hombres, vasto asunto, que de suyo ofrece mil dudas, por la variada significacion de aquellas, que estriva en la intencion y modo de ejecutarlas y espresarlas, lo que no sucedería, si la verdad se presentara siempre á cara descubierta; mas por desgracia lo hace muchas veces con un embozo, con un velo, que necesita de un brazo atrevido que le descorra. No se crea que pensaba yo en ello porqué me impeliese algun motivo directo; la única razon que puedo dar es que siempre reflexiono en algo, y mas cuando no tengo alguna cosa que me distraiga, como la sonrisa juguetona de una bella, que entonces soy hombre perdido; y no me hallaba yo por cierto en este caso, por estar sentado ni mas ni menos, en un poyo de la *plaza de armas*, en una noche sin retreta, no viendo pasar delante de mí sino uno que otro de cabeza erguida y aire magestuoso, que á tiro de bayesta decían pertenecer al comercio, y algunos grupos de personas del siglo pasado, que sin duda discutirían sobre materias políticas; pero ni una sola mujer alcanzaban mis ojos, con lo que podría decirse, elegantemente, que la plaza de armas estaba desierta. Se ve ya que podía yo estender mis reflexiones á donde quisiese; de suerte que el rumor de dos per-

sonas que aconsejaban á una tercera *no hiciera caso* de cierto asunto, y poco después un gracioso lance que tambien presencié, y en el cual hice mi papel, me decidieron á manifestar mis ideas al piadoso que siga leyendo.

No haga usted caso es una frase que se encuentra bien prodigada por muchos, y tambien las de: *eso es una bobada*, *mírelo vd. con indiferencia*, *pierde usted el tiempo apurándose*, y otras mil que significan una misma cosa, es decir, échese vd. á dormir y descuide enteramente de sus intereses: son fácil salida para los egoistas que miran con indiferencia los males de otro, se ahorran entrar en pormenores siempre desagradables, y tienen la dicha de que se interprete su respuesta como nacida de la buena intencion de que el paciente se tranquilice; pero de todas esas frases que zumban en nuestros oídos, la que mas llena, la que en sí parece abarcar mas, es sin duda la que oí en la plaza de armas: *No haga usted caso*. Se dice de varias maneras y se entiende de diversos modos. Bueno es que cuando el afligido se queja, solo por quejarse, como muchos que ven males por todas partes; ó cuando la causa es de poco valor, como si un amartelado cree que su muchacha deja de quererle porqué oyó con sonrisa los piropos de un galan; bueno es que aquella le dé cariñosamente dicha respuesta: entonces produce un efecto mágico, y el rostro lúgubre del amante se torna en plácido: no tiene fundamento para su dolor, y cualquiera cosa es suficiente á disiparle. A un pobre diablo se le ha criticado por los periódicos una composicion, pero injustamente, y su contrario se ha valido de armas prohibidas, (que por desgracia están muy en uso en nuestros tiempos) como personalidades, dieterios y chocarrerías; á este no le vendrá mal un *no haga usted caso*, dicho por quien le oiga lamentarse. Pero volviendo la medalla, es otra cosa. Si á ese *quídám* se le ha probado palpablemente que su obra es detestable, y la crítica le fué enderezada por medio de palabras comedidas y cultas, aquella frase valdrá bien poco, no puede curar una herida tan profunda; y si los piropos de aquel galan fueron oídos con una sonrisa no insignificante sino amorosa, ó si el amante tiene otras pruebas de mayor cuantía, entonces será un insulto proponerle *no haga caso* de ellas. Se me dirá que en estos dos últimos casos, tambien suele haber algunos que se consuelan con aquella respuesta, y yo convendré en ello; pero tambie ndiré, que es porqué realmente *no harán ca-*

so de los agravios; Dios les habrá concedido tanta calma, que al uno le importe bien poco que se le haya probado ser un pésimo escritor, y al otro que su dama le deje plantado, como hay muchas personas por este mundo que comen y duermen y hacen sus funciones (no todas) como los entes racionales.

Las cuatro palabras *no haga usted caso* parecen una propiedad de cierto amigo mio llamado Tomás; porqué siempre las tiene pendiente de sus labios, dispuesto á lanzarlas en primera ocasion: yo creo que como no podría existir un dia sin luz, una jóven sin su quebradero de cabeza y un empleado sin orgullo, así mismo no podría existir mi Tomás sin esa su frase predilecta; y está tan ligada á su existencia, que solo muriendo, abandonaría sus tan amadas palabras. Esto que parece extraño, no lo será para el que vea su retrato.

Cuenta ya sus cuarenta y cinco largos de talle, los que si alguno piensa traslucir en su persona, va muy errado; pues lo bien que se trata y su rostro y cuerpo redondos le quitan por lo menos diez de encima, lo que por cierto, es muy natural: solo doce le contaron en la escuela, se entiende de edad, sabiendo ya lo bastante para un hombre rico, pues diz que había llegado á los quebrados, y que pintaba unas letras que era gusto el verlas; y luego no hizo otra cosa que dar viajes á Güines y á Alquízar donde su familia tenía sus fincas, no siendo aquellos á la verdad, como los del héroe de la Mancha, sino en su buen carruaje y tirado por soberbias parejas. Fué creciendo nuestro hombrecito en cuerpo y gustos, porqué muertos sus padres heredó cuantiosos bienes y quedó libre en sus acciones, pero ha aprovechado su suerte, no como lo acostumbra la mayoría de jóvenes de igual clase, sino cuidándose perfectamente y divirtiéndose con mucha moderacion, lo que no le ha sido difícil, siendo de suyo naturalmente pacífico. Ha asistido siempre á toda clase de diversiones; pero jamás se le ha visto en un baile pasada la media noche; ni los ruegos de sus amigos, ni las insinuaciones de alguna hermosa han sido parte á turbar su método de vida: si ha visto algun drama, de estos muy largos, no hay que preguntarle por el desenlace, pues al momento que ha señalado su reloj las diez y media, sin pedir perdón á Gutierrez, Victor Hugo ó Dumas, se retira á dormir. En tiempo de calor usa chupitas de olan, y algunas noches sombrero de paja: en el de frio se pone su buena capa de paño; y por lo que hace á las trabas, desde su introduccion en la Ha-

bana, les declaró una firme oposicion. Lo mas serio lo mira con tranquilidad: no abre ninguna carta después de comer, y jamás asiste á entierros y pésames; prefiere los convites y bautismos.

En la noche y sitio de que he hablado, cuando mas distraido me hallaba, se me apareció como por encanto Tomás, con quien después de las palabras comunes de introduccion, entablé el pequeño diálogo siguiente:

—Conque tú siempre tan gordo: criando pesetas. ¡Qué buena vida! le dije.

—Hombre, no es oro todo lo que reluce; no me faltan mis buenos malos ratos, me respondió.

—Ya.

—Esta mañana sin ir mas lejos, me dió un dolor de cabeza fuertísimo, porqué me hallé algun tiempo enjaulado en esa Babilonia, en esos malditos oficios (señalando los portales de Gobierno) y como no estoy acostumbrado....

—¿Y qué casualidad te trajo por estos barrios?

—Tuve que hacer la escritura de una casa que compré.

—¡Hola!

—Sí, en el barrio de S. Isidro.

—¿Sabes tú lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que quisiera tener todos los dias esos dolores de cabeza. ¿Y qué tal, que tal es la casa?

—Yo te diré: vale cinco mil pesos, como medio, aunque me la han dado en cuatro: creo que me ganará mensualmente la bobada de treinta ó treinta y cinco pesos.

—No es tan poco, Tomás, á pesar de que para tí que posees otras muchas, confieso....

—Hombre, no son tantas: solo tengo otras cuatro, y eso situadas estramuros: ni á mi me gusta mucho emplear mi dinero en ellas; mas vale un *ingenio* que mil casas.

No había acabado de decir la última palabra, cuando se nos incorporó D. Sempronio, sujeto amigo mio, pero desconocido hasta entonces de Tomás. Aquel pobre hombre después de muchas fatigas, logró reunir un capitalito, con el cual el año pasado pudo hacerse de una estancia en Jesus del Monte y de cuatro negros de campo. Muy atareado le consideraba en ella, y así no pude menos de preguntarle:

—¿Qué es esto, D. Sempronio, usted por acá?

—Qué quiere vd. amigo mio, me respondió con alguna reserva, negocios precisos...

—¿Como le va á vd. en su estancia? Puede vd. hablar con franqueza delante del señor, le dije señalando á Tomás.

—¡Oh! sí señor, repuso este estendiéndole la mano.

—Para servir á vd., le contestó D. Sempronio, y siguió dirigiéndose á mí.—Pues me va muy mal. Sabe vd., desde que me conoce, que he ansiado constantemente por establecerme en una finca de campo, y ya me creía feliz, poseyendo mi estancia, cuando por haberme fiado en la buena fé de algunos, me encuentro ahora con que el terreno es malsísimo. ¡Qué desgracia!

—¡Es posible, exclamé yo.

—¡No haga usted caso! le dijo Tomás, gesticulando despreciativamente.

D. Sempronio le miró de arriba á bajo y prosiguió:

—Me había yo consolado ya de este mal, no encontrándole remedio, cuando enferma mi cocinera, aquella negra tan racional, mis piés y mis manos..... Juana, y se murió. ¿Qué dicen vds. á esto? preguntó con aire compungido.

—No haga usted caso, respondió mi amigo.

Ibale á replicar D. Sempronio, pero se contuvo al hacerle yo una seña significativa. Siguió:—De los cuatro negros que tenía, uno se ha imposibilitado por un hachazo que se dió en una pierna, y otro se ha huido. Los gastos que todo esto me ha acarreado y la triste situación en que me encuentro, han sido los móviles de mi viaje á la Habana. ¿Qué dicen vds? Puede encontrarse un hombre mas desgraciado?

—¡Qué! No haga usted caso, repitió Tomás, y en mala hora por cierto, porqué D. Sempronio levantándose con violencia, se estiró, anduvo dos pasos hácia él, y con voz temblorosa y aire amenazador le dijo:

—Sepa vd. caballero, que nunca he sufrido se burlen de mí.

—¡No haga usted caso! le respondió Tomás, con toda la calma que le es característica, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda, y dando una luenga fumada á un buen tabaco de la Vuelta de Abajo. Dios sabe en lo que pararía, cuando un ruido de campanas, que llegó á nuestros oídos, y que me pareció tocaba á fuego, me sirvió para interrumpirlos y hacerlos salir de la plaza.

—A fuego tocan, señores, les dije, vamos á ver donde es: y

tomándoles á los dos del brazo, logré mi propósito y nos dirigimos por la calle del Obispo.

Poco sensible es preciso que sea una persona, para que deje de conmoverse oyendo tocar á fuego: á la verdad, es muy horrorosa esa idea que inspiran las campanas con su sùnebre sonido; nos llama la atencion á un tristísimo cuadro, donde se ve un abismo de desgracias que se traga familias enteras. El pobre padre á cuyos oídos ha llegado aquel sonido de destruccion, tiembla al instante y se llena de un terror pánico, hasta que sabe que el elemento devorador ha respetado su casa; teme que los bienes con que sostiene su familia sean arrasados, teme que ella misma perezca, que su amada compañera, sus queridos hijos queden hechos ceniza. Todos los miembros de la sociedad, cada cual en razon de sus intereses y de su situacion, padecen como aquel, por sus padres, sus hermanos, sus amantes, sus parientes, sus amigos. Aun el extranjero, que tal vez no tiene allí mas que su equipaje, un mísero baul fácil de salvar, no deja de padecer, porque padecen sus semejantes... y basta. El que no siente tales emociones en semejantes casos, ni tiene un corazon de hombre ni debe vivir entre ellos.

Nos encontramos en la calle con muchos que corrían de un lado á otro: las cornetas de los bomberos empezaron á oirse y vimos algunos que salían de su habitacion, sin haber acabado aun de ponerse su chupa de uniforme. Llegábamos á la esquina de la calle de Cuba sin saber todavía el sitio del fuego; cuando uno gritó: ¡Por S. Isidro!

—¡Santo Dios! mi casa! exclamó Tomás.—A Dios señores, nos dijo, y con una agilidad de que le creía incapaz, echó á correr con direccion á aquel convento. D. Sempronio asustado, me preguntó el motivo de aquella desaparicion: yo le satisfice diciéndole que en el lugar del fuego, tenía mi amigo una casa que acababa de comprar. No bien lo hubo acabado de oír, cuando imitando á Tomás, fuese tras él, gritándole: *No haga usted caso: No haga usted caso.*

No pude menos de reirme, viendo su venganza, á la que no dejaba yo de hallar bastante disculpa.

Ahora bien, Sr. lector, qué le parece á vd. este artículo?

—*No vale nada.*

—¡NO HAGA USTED CASO!

SECCION CUARTA.

POESIA.

EL AMOR.

Soneto.

El perdurable y tormentoso anhelo
que nunca á saciar llegan los favores,
un deleite gozado entre temores,
que leve pasa, cual del ave el vuelo :

Odio á los hombres y hasta al mismo cielo
si impide el cumplimiento á sus ardores;
de una insana sospecha los furores,
zozobras, llanto, agitacion, desvelo....

De amor es esta la veraz pintura,
y este servil estado y lastimoso
á que el alma se entrega en su locura :

Conspira todo del amante en daño,
y después de perder dicha y reposo,
por premio tiene al fin — un desengaño !

REMITIENDO

UN

RETRATO.

¿Quién de este inquieto abrasador deseo
que agita sin cesar el alma mía
el ardor calmará ? ¿ Cuándo himeneo
en el silencio de la noche umbría
cubrirá con su velo misterioso
el casto lecho del amor dichoso !

A y cuánto lo ansio yo ! Cuánto me agito
con tan dulce ilusión ! Jamás el Etna
cuando su cumbre se estremece y brama
y envuelto en humo los vecinos campos
con sus lavas volcánicas inflama,
ardió cual arde en mi convulso pecho
este amor inmortal. ¡ Oh hermosa mía ,
cuándo será de mi ventura el día !
cuándo á tí unido en deliciosos lazos
en las riberas que gemir me vieron
te estrecharé gozoso entre mis brazos !

Lleva, ó copia feliz este suspiro
y estos votos ardientes á mi amada
y débele tú en cambio una mirada
y un beso halagador. Cuando Mirtila
te estreche alguna vez á su albo seno
en su apartado , solitario albergue
¿ cuánto tu dicha envidiará Fileno !
Quien ay entonces al marfil le dicra
mi voz y corazón ; ó quién por siempre
ce reano á tí como él estar pudiera !

Con tus puras caricias de mi frente
la nube del dolor se disipara
y en tu amoroso pecho yo avivara
el fuego abrasador que mi alma siente.

Fileno.

BARCELONA.

Con duelo en el corazón
y con el rostro marchito,
de pié encima de un cañon
al rumor del aquilon
va suspirando el proscrito.

De cuando en cuando afijido
mira por la batallola,
y al ver su país querido
se lleva al paso cada ola
un entrañable gemido.

Clava la vista sombría
en la verga de la lona,
pero luego la desvía
por contemplar la bahía
de la hermosa Barcelona.

Y mientras sobre los muros
de la ciudad que tanto ama
el sol brillante derrama
destellos dorados, puros,
el desventurado esclama :

— Bendita seas, oh hermosa
ciudad que estás en España,
como en un jardín la rosa,
la más bella y espaciosa
que el Mediterráneo baña.

Te cubren hermosos cielos,
te riega un mar dilatado,
te cerca un campo hermo­seado
con el sudor y desvelos
del catalán esforzado.

Tú me has arrojado, ingrata
al otro confin del mar,
y no te puedo olvidar
y la mano que me mata
muriendo quiero besar.

Y aunque bella meretriz
que amor pagas con veneno,
quiero rodar por tu cieno
para poder ser feliz
muriendo sobre tu seno.

Que tú encierras la hermosura
que provocó mi pasión,
la interesante criatura
que de ángel ha la figura
y de ángel el corazón.

Yo he visto rios cubiertos
de canoas y vapores,
con las márgenes de flores:
yo he visto soberbios puertos
con sus faros giradores:

Pero mucho mas me agrada
estas arenas sencillas
y este sin fin de barquillas
que á impulsos del remo nadan
en torno de tus orillas.

Y al soplar la ventolina
ver tanta vela latina
que allá en lontananza cruza
para pescar la merluza
y la sabrosa sardina.

Bendita tu Catedral
con su reloj sin rival,
y la urna do Berenguer
luego que acabó de ser
dejó el despojo mortal.

Y bendita tu campiña
do crece el trigo y la viña,
tus campanarios, torreados
do viven avecindados
los pájaros de rapiña.

Tus glasis y tus paseos,
y tu teatro, do un día
seguidos de palmoteos
mis pobres versos oía
la que inflama mis deseos.

Bendita tú toda entera
oh Barcelona la hermosa;
si verte otra vez pudiera,
solamente te pidiera
un hoyo bajo una losa.

Que aunque bella meretriz
que amor pagas con veneno,
quiero rodar por tu cieno
para poder ser feliz
muriendo sobre tu seno.

A. RIBOT.

A bardo del Guadalete bahía de Barcelona. 1837.

LOS DOS AMANTES RETIRADOS.

¡ Salve campo solitario
de la paz morada augusta !
en buen hora nos acoge,
náufragos de la fortuna ;
y nunca tus verdes palmas
los rayos hieran , y nunca
la gala á tus bellas flores
aje del viento la furia ;
ni jamás entre tus ramas
llore la tórtola viuda
el consorte , que del hombre
le robó la mano impura.
Aquí do la fresca brisa
entre las hojas modula ,
de la libertad el aura
respira el alma desnuda
de pasiones que la oprimen ,
y su feliz calma anublan :

Aquí do naturaleza
todas sus gracias aduna ,
es donde el hombre sensible
halla el encanto que busca :
aquí una rústica choza ,
que del mal tiempo nos cubra
será templo do se ofrezcan
al amor ofrendas puras.
De este cerro que domina
á la florida llanura ,

podemos ver consumirse
 los necios en iras mútuas :
 de sus rencores , venganzas
 la nube cargada oscura ,
 hasta su falda tronando
 llegará , mas no á su altura .

No aquí una lengua traidora
 con hablar meloso adula
 al que desde un alto puesto
 del poder que tiene abusa ;
 ni con frente y cuello erguido
 pasa , y con desdén saluda ,
 quien al que antes llamó amigo
 hoy aun mirarle rehusa .
 El árbol de la esperanza
 no aquí se marchita y muda ,
 como el uracán silvando
 de hojas la rama desnuda :
 ni la lisonja infla el pecho ,
 ni le oprime la calumnia ,
 ni los usos cortesanos
 el candor nativo ofusean .

¿ Qué importan pues los placeres
 que allá en el pueblo acumulan
 contra el ocio y el fastidio
 la incontinencia y la gula ?
 Allí amistad es engaño ;
 el saber vanas disputas ,
 la virtud hipocresía ,
 quien dice que ama perjura :
 El oro todo lo alcanza :
 honor , mérito , conducta
 sinónimos de riqueza ,
 el no tener solo injuria .
 ¡ Cuánto mas que sus safores ,
 ricos tapices , pinturas ,
 muelles sofás ,.... este cielo
 encanta y esta verdura !
 el arroyo que serpea
 entre la yerba menuda
 nos convida con su alfombra
 murmurio y grata frescura :
 allí dá sombra una ceiba ,....
 aquellos árboles frutas ,....
 esto basta y esto sobra
 á dos hijos de natura .

ZADY.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

CRISTIAN ENRIQUE HEINECKEN

Monstruo de precoz inteligencia.

A principios del siglo pasado, el año de veinte y uno, nació en Lubeck, Cristian Enrique Heinecken, que por el extraordinario desarrollo de sus facultades intelectuales, fué uno de los fenómenos mas sorprendentes de que se tenga noticia. Este niño habló con una prontitud admirable, y si hemos de dar crédito á las Memorias de Trevoux, á lo que dice la Biblioteca germánica y á los testigos oculares que han escrito su historia, podremos asegurar que á los doce meses conocía ya los principales acontecimientos que trae el Pentateuco, á los trece sabía la historia de la Biblia, y á los catorce la del Nuevo Testamento. Cuando tenía dos años y medio había concluido el estudio de la geografía y de la historia antigua y moderna, respondiendo con facilidad á las preguntas que le hacían sobre una y otra; aprendió en seguida el latin y el francés con igual perfeccion, y en un viaje que hizo á Dinamarca de edad de cuatro años, fué presentado al Rey y á los príncipes que quedaron absortos de la gracia y formalidad con que recibió y devolvió los cumplidos que le hicieron. Pero en este mundo nada es completo; Heinecken, el *niño hombre* que tan precoz inteligencia tenía, era

de una constitucion muy débil y bastante enfermiza; se alimentaba casi solamente con la leche de su nodriza, que prefería á los manjares mas esquisitos, y creyendo sus padres posible sustituir á la lactancia los alimentos comunes, fué víctima del ensayo, pues á poco tiempo le sobrevino la enfermedad de que murió el 27 de junio de 1725, en Lubeck, al cumplir su primer lustro.

Lo que es tambien de estrañarse en este fenómeno intelectual, es que á pesar de sus cortos años vió venir la muerte con la misma tranquilidad que puede tener el hombre mas resignado y conforme con su suerte, con toda la confianza de un fiel cristiano, consolando él mismo á sus padres y deudos que amargamente le lloraban. Su preceptor Cristian de Schöneich, el alquimista, escribió su vida; todos los diarios de aquella época hablan de este prodigio, y solo faltó el Dr. Gall para que nos esplicase por el desarrollo de su cerebro las causas de la manifestacion tan estraordinaria de sus facultades, pero Martini trató de llenar este vacío en la disertacion que hizo y publicó en 1730 sobre este objeto y con la que dudamos estén satisfechos los frenologistas del dia.

ANTONELLI.

(NOVELA HISTORICA.)

I.

Figúrense mis lectores que ahora dos siglos y medio estaban en el pueblo del Cerro; pero que entonces no había tal pueblo, ni cosa semejante, y que en vez de su pasajera calzada, de su ermita, de su caserío, y de sus alegres bailes en tiempo de baños, veían los nacientes cañaverales, la mezquina casa de guano, y los pocos y medio desnudos negros de uno de los mas antiguos ingenios de esta provincia. Con otro lijero esfuerzo de su imaginacion, podrán representarse esta escena alumbrada por los rayos del sol poniente, que se reflejaban en los atezados y tristes rostros de los trabajadores, ocupados en acomodar una gran rueda de madera sobre el cauce de la zan-

ja real, recién abierta entonces, cuyos raudales habían de darle impulso, y comunicar su movimiento á un enorme trapicho de que era parte esencial la mencionada rueda. Subido en una cuestecilla por donde se derrumbaba el agua, y que entonces tenía el nombre de *Salto del Cerro*, estaba un personaje, como de mas de cincuenta años, bajo de cuerpo, de vientre rollizo, ancho de rostro, el color encendido, la nariz chata, y los ojos bailadores y rasgados que desde luego le pregonaban por hombre decidor, festivo y de buena pasta. Pero en aquella sazón su natural jovialidad había cedido el puesto á una mas que razonable impaciencia, y dábale á todos los diablos al ver el ningun efecto que producían las repetidas órdenes que comunicaba á los negros; pues á pesar de las diferentes posiciones en que la colocaban, la máquina se estaba queda, como si ni una gota de agua corriese por debajo. Cansado ya de vocear, y de los inútiles esfuerzos de sus esclavos, á quienes achacaba poca parte en la quietud de la rueda, por su torpeza en comprender sus esplicaciones, estaba ya á punto de dar de mano á su tarea, cuando asomó por el camino que viene de Puentes Grandes, un caballero en un lozano potro, que á buen andar se enderezaba hacia ellos. Traía vestido un gaban de paño azul, y una montera de terciopelo negro; y segun se fué acercando, mostró ser de mediana edad, blanco de rostro, nariz aguileña, la vista entre pensativa y penetrante, bien puesto de barba, y cabellos oscuros y ensortijados. Desde luego se conoció en las miradas del impaciente director, que no podía habersele presentado otra persona mas á propósito para sacarle de sus apuros que la que se acercaba; y no bien hubo esta detenido su caballo, cuando sin corresponder al saludo, con gentil desenfado le comenzó á decir en altas voces:

—¡Medrados estamos, Sr. D. Juan! Linda invencion por mi vida! Ahí tiene Vuesa Merced su rueda, que no parece sino que ha echado raíces en esa zanja.

—¿Cómo así? preguntó con calma el reciénvenido, con cierto dejo de extranjero en el acento. “No estará acomodada en su puesto.”

—¡Pues no ha de estar! Dos horas mortales he pasado alzándola, bajándola, y poniéndola de mil maneras, y ahí está que no la hará dar una vuelta toda el agua del Tajo. Verdad es que estos negros son unos bestias que no os entienden nada de euanto les decís; pero yo bien claro y recio les he ha-

blado; y ya comienzo á sospechar que el mal está en que á Vuesa Merced, Sr. Antonelli, mas se le alcanza de fabricar castillos y represas, que de construir ingenios de azúcar.

Encendiéronsele las mejillas al caballero del gaban, y sin responder palabra á las descortesias del hacendado, se desmontó de su potro, mandó á los negros alzar un tanto la máquina, acuñándola con algunos trozos de madera, preparados allí al intento; y quitando en seguida una ligera palanca, introducida en cierto punto de la rueda, comenzó esta á girar con bastante rapidez, alborotando el agua clara, y cubriéndola de blanca espuma por un buen trecho.

Asombrados estaban los negros con el repentino movimiento de la máquina, cuando de improviso sacolos de su estupor un grito que resonó hacia donde estaba su amo: alzaron todos los ojos, y con ellos el reciénvenido, y ya no le hallaron en la altura desde donde había dirigido los trabajos; pero un momento después le vieron bajar en la corriente, que apenas llegó al llano, le arrebató con ímpetu hacia la rueda, entre cuyos álabes habría sido sin duda hecho pedazos antes que sus esclavos atónitos hubiesen pensado en socorrerle, á no haber el del gaban introducido con prontitud la palanca, conteniendo así el impulso á tiempo de salvarle.

Remojado y mohino por demás sacaron al buen viejo de la zanja, y luego que se le hubo pasado el susto y la cólera, á que no poco contribuyó la frescura del baño, contó que al mirar al trapiche volteando con tanta gracia, quiso bajar para escusarse con el caballero por las destempladas razones que le había dirigido: pero al ponerlo en ejecucion, faltóle un pié, y dió consigo en el agna, sin poder hacer mas que lanzar un grito para advertir el riesgo que corría, del cual se veía salvo, merced á la intervencion del maquinista, á quien manifestó su agradecimiento con espresivas frases.

Satisfecho con el ensayo del ingenio, y mal-hallado con la humedad de sus ropas, tomó al del gaban por la mano, y juntos se encaminaron á la casa, donde después de haberse aquel mudado de traje, pidió y le fué servido un trago de vino añejo, para prevenir, segun dijo él, un resfriado; aunque por lo á mano que estuvo el frasco, y por la cantidad de líquido que contenía, que no pasaba de la mitad, se traslucía que el buen señor solía hacerle á menudo sus visitas, para reanimar sus espíritus, y atizar el buen humor que de ordinario mantenía.

—Vaya, un trago, Sr. D. Juan; dijo, echando en otra vasija. “Probadle, que es católico, y os barrerá de la cabeza la desazon que haya podido causaros mi lengua maldiciente.”

—Mi desazon, si fué alguna, respondió el extranjero, se la ha llevado ya en sus alas la brisa de la tarde; pero por haceros razon, acepto el brindis. Y mojó en efecto los labios en el licor—¿No os parece de buena ley y cristiano viejo? dijo el otro, apretando los labios y abriéndolos con estrépito, saboreando el trago.

—No es malo, en efecto; aunque á decir verdad, poco entiendo de vinos. Pero hablando de otra cosa, á lo que veo se os olvida que ya va oscureciendo, y que tenemos que atravesar la ciénega antes de que anochezca; ó pienza quizá Vuesa Merced dormir en este desierto, en cuyo caso os beso las manos.

—No señor; iremos juntos, y entretendremos el camino platicando sobre las nuevas que corren, que no dejareis vos de saberlas como hombre que vive á pan y manteles con el gobernador. Diciendo esto, pidió su caballo á un esclavo; montó en él con no poca dificultad, y después de dar sus disposiciones para el manejo de la finca, tomaron el camino de la Habana, por donde los dejaremos ir en buena paz y armonía, mientras informamos á los lectores de quienes eran los dos tan desemejantes caballeros. Llamábase el mas anciano, y con quien primero han hecho conocimiento, Hernan Manrique de Rojas, extremeño, uno de los mas acaudalados vecinos de la Habana, donde era tan conocido por sus ducados, como por su honradez y por su trato franco y complaciente. Se había establecido desde mozo en la Habana, y muy luego se enamoró de la hija de una india y de uno de los primeros pobladores de la isla, con quien contrajo matrimonio, y á quien su padre dejó heredada en una cuantiosa hacienda. Solo dos pesadumbres había tenido, segun decía él mismo, desde que pisó esta tierra: una la muerte de su cara mitad, y otra un pleito en que á la sazón andaba enredado con el Ayuntamiento, sobre la propiedad de ciertos terrenos: pero de la primera le consolaba una hija, único fruto de sus amores; y para desvanecer la segunda confiaba en su justicia, apoyada de sus no pocos dineros.

Era el segundo caminante el italiano Juan Bautista Antonelli, ingeniero, célebre en las historias de aquella edad, por las comisiones con que le honraba el Rey D. Felipe II, siendo de las mas importantes la que trajo á esta ciudad el año

anterior de 1589, para fortificar la boca del puerto con el famoso castillo de los Tres Reyes, ó del Morro. Además de esta obra, tenia Antonelli casi al concluir otra no menos útil, si no de tan grandiosas proporciones, en el robusto muro de la represa que construyó para hacer derramar en la Zanja Real el agua del rio, llamado antiguamente por los naturales Casiguaguas, y conocido hoy con el nombre de la Chorrera. La importancia de estos trabajos, y mas que todo el trato que segun fama mantenía con el misterioso y sombrío Felipe II, á que daba no poco color la deferencia con que le miraba el gobernador D. Juan de Tejada, y su carácter taciturno y contemplativo, hacían de Antonelli uno de los mas notables personajes, y que mas asunto daban á las conversaciones del reducido vecindario que contaba la entonces villa de San Cristóbal de la Habana.—La posicion en que respecto uno del otro se hallaban Antonelli y Hernan Manrique, nos la dirá el siguiente coloquio que en el camino tuvieron.

Después de haber andado un buen trecho en silencio, Antonelli que parecía aquella tarde mas imaginativo que de costumbre, con voz trémula, como de hombre que teme la respuesta,—Sor. Hernando, le dijo; sabreis ya que ha llegado la flota de Nueva-España, y que dentro de breves dias me iré en ella á donde me llama el Rey.

—Cuando yo mismo no la hubiese visto entrar, contestó el extremeño, me lo habrían hecho saber las lombardas del galeon, que nos atronaron con sus tiros: y en cuanto á vuestro viaje, Sr. D. Juan, Dios os le dé próspero, y os depare tan buenos amigos como los que aquí dejais.

—Así será cuando vos lo decís. Pero..... no alcanzo yo como puede ser mi amigo quien pudiendo labrar mi dicha, me la niega para siempre.

—Y qué puedo yo hacer por vos? Quereis acaso que fuerce á mi hija, y la diga: deja á ese hidalgo, y ama á este otro caballero que vale mas que el que tú y yo habiamos escogido?

—¿Y os olvidais, Señor Hernando, que yo voy á Madrid, donde una insinuacion mia á los Sres. del Consejo, bastará para decidir en vuestro favor, sin que os cueste una blanca, ese pleito que os trae tan caviloso?

—No lo ignoro, Sr. D. Juan: pero tambien sé que he empeñado mi palabra al Gobernador, que no es hombre que se dejaría tratar como un niño, si me viese negar á su sobrino mi hija,

—Gobiernos hay en Indias á donde poder ascenderle con decoro, y quedar vos libre de ese temor.

—Cuando así fuere, ¿me libraríais vos de la mancha que caería en mi nombre? Mas dad de caso que yo, por atender á mi provecho, violentase á mi hija; ¿cómo os contentaríais con una mujer que ama á otro, y no se os entrega de buen grado?

—Vuestra hija, Sr. Hernando, es virtuosa; y aunque al principio mirase á su esposo con repugnancia, esta menguaría al encontrar en él un amante rendido y apasionado, y acabaría por concederle buen lugar en su corazon; y yo no apetezco mas para mi ventura.

—¡Nada! no os canseis: he hablado á la chica: está resuelta; y solo la muerte de ese mancebo podría daros alguna esperanza.

—¿Su muerte podría darme esperanza?...

—Pues;... digo, que si Dios se sirviese llamarle á mejor siglo, podría yo cuando el tiempo hubiese calmado su cuita, hablarle de vos, y reducirla á que os diese la mano. Pero ahora, es pensar en lo escusado: á mas que no soy yo padre de tal condicion que pueda sacrificarla á mi particular interés.

No debió de oír Antonelli estas últimas palabras; porque había caído en una especie de abstraccion, de que no consiguieron sacarle las tentativas del compañero para anudar la plática, aunque dándole otro sesgo. Anduvieron así callados lo restante del camino, y como se lo temía Antonelli, les saltó la noche antes de que hubiesen atravesado la ciénaga que en aquella época formaba el mar entrando por el Boquete, hasta mas allá del sitio que ahora ocupa el convento de belemitas, y que en tiempo de lluvias se extendía á cubrir no poca parte de los terrenos estramuros de esta ciudad. Al cabo, con bastante fatiga lograron pasarla: cruzaron las solitarias y oscuras calles de la villa, y llegados á la que ahora es Plaza de armas, se despidieron cortesmente.—Hernan Manrique fué á contar á su hija el lance del ingenio, y Antonelli caminó taciturno para el castillo de la Fuerza, donde tenía su habitacion.

II.

El término de todas las esperanzas, el móvil de todas las virtudes, de todos los crímenes y especulaciones humanas, está espresado por una palabra armoniosa, que no hay corazon

que no entienda, ni mente que no se arrobe pensando en ella aunque á ninguno sea dable explicarla cumplidamente:—Felicidad!... Es una ilusion, una quimera voluble y de mil aspectos, que fija sobre nosotros sus ojos hechiceros desde que damos el primer suspiro, y nos lleva anhelantes y fascinados en pos de sí hasta la huesa, y aun mas allá de la muerte nos halaga con promesas de sumo bien: el hombre la mira en la mujer, la mujer en el hombre: el impío la busca en el bullicio del mundo, el heremita en la soledad del yermo, y el creyente en Dios y la eternidad.

De todos los deseos que infunde la idea de esta ventura ideal, ninguno se despierta mas temprano que el de encontrar una alma que nos retribuya toda la simpatía, todo el amor de que es capaz la nuestra: especialmente hay una edad en que este deseo es un delirio que pone un torbellino en nuestras cabezas, un volcan en el corazon, y nos arrebatá á veces al heroismo, y á veces tambien á los mas torpes desacuerdos. El es quien enciende la mirada del mozo, y presta inefable expresion á los ojos de la doncella, aromas á su aliento, á sus palabras armonía; él quien junta á los enamorados en la oscuridad de la noche, ó á la luz voluptuosa de la luna, y les inspira frases que solo entonces se ocurren; él es el que á la pobre mujer engañada en su primera aficion, arrastra á buscar el adormecimiento de sus penas en la embriaguez del vicio, y tambien el que nubla la vista, y guia la espada del celoso á las entrañas de su rival.—Pero pasa esta edad, y llega una época de la vida, en que colocado el hombre como en un lindero, contempla por una parte la juventud que se despide para siempre con su entusiasmo, sus ilusiones, sus cuitas y sus placeres, y por otra la venidera vejez con su yelo, sus achaques y su egoismo: época dolorosa, en que vuelve su espalda la esperanza, y no se descubre en el árido yermo de los años futuros, ninguna flor de pasion que embellezca una vida cuya mitad mas brillante ya ha pasado!...

Suele suceder que al cabo, cuando ya comienza á resignarse á pasar sus años en solitario aislamiento, se presenta de improviso á su vista el objeto de sus imaginaciones: — una mujer; pura como una gota de lluvia, blanda como la pluma de un pájaro, hermosa como un pedazo de cielo esclarecido por el reflejo nacarado del sol ya puesto, y en que reluzcan á la par la estrella de la tarde y la media luna en creciente. Entonces

Se verdecen en su corazon las raíces de sus marchitos afectos, se enciende de nuevo el fuego de sus pasiones; y vuela en pos de ella: y si por desgracia algun estorbo le impide alcanzarla, si algun delito se interpone en su camino, pasa por encima del delito, y estampa sus manos ensangrentadas sobre los cándidos hombros de la beldad, que se aja y descolora con sus caricias criminales.

Tales eran la posición y los pensamientos de Antonelli. Su índole ardiente le impulsaba á amar con frenesí; y acosado por la necesidad de ser correspondido á su vez con el mismo calor, vagó en sus mocedades de una en otra hermosura, saliendo siempre airoso en sus galanteos, merced á su gallarda presencia, y á las bizarras prendas de su ánimo, que le hacían bien quisto con las damas. Ninguna empero satisfizó á aquella alma de fuego: y así de desengaño en desengaño, iba perdiendo su pureza, á la par que su quietud, cuando dió con una criatura que despertó en su interior mil emociones desconocidas, y le hizo palpar la diferencia que hay entre una afición bastarda, y un afecto puro y delicado. Era una niña que no contaba bien los quince años: las primeras palabras enmoradas que oyó fueron sin duda las de Antonelli; y cuando con voz trémula, y toda sonrosada le respondió *¡yo tambien te amo!* fué con tanto candor, que el rendido mozo no supo como espresar su conmocion, y cayó de rodillas delante de la turbada doncella. Pero hay criaturas de tan fragil naturaleza que toda sensacion profunda las aniquila: la dicha ó infortunio las quebranta: su aspecto angelical está bañado de una suave luz, que se empaña al mas lijero soplo, y de sus ojos aunque risueños, ruedan lágrimas á menudo; semejantes á la bomba de leve espuma que encanta con sus colores de arco-iris las miradas del niño que la echó á flotar en el aire, y que refleja el azul del cielo; pero que á cualquiera ondulacion del ambiente se deshace en vapor, ó se resuelve en una gota de agua. Una de esas fué Isabel: su hermosura era demasiado delicada, sus encantos demasiado aéreos, para que pudiese alimentar una pasion de fuego, sin consumirse: se le oprimió el pecho, le rebozó el corazon de sentimiento; se le consumieron las carnes, y como un lirio que se dobla al peso del rocío, murió en lo mejor de su abril de puro amor, al exceso de su ventura.

¡Cuáles no serían las angustias de Antonelli al ver echar

le la tierra encima!... Quedó fuera de sí con este golpe: anduvo mucho tiempo como sin saber lo que le pasaba; y cuando en últimas recobró poco á poco el uso de sus potencias intelectuales, se retrajo de toda comunicacion, y para adormecer sus penas, se dió con ahinco al estudio de las ciencias exactas, logrando con sus grandiosas especulaciones atraerse el respeto de los sabios, y la consideracion del mismo Felipe II: pero bien se traslucía en aquel semblante melancólico, que aunque la inteligencia había conseguido desplegar las alas, el cielo de su fantasía estaba oscuro, y que no revolaban por él sino amargos recuerdos de sus malogrados amores.

¡Quién le hubiera dicho á Antonelli cuando quiso venir á Indias, que en ellas hallaría otra mujer capaz de suscitar en su alma, nueva pasion, mas poderosa aun que la de su juventud!—Eran pasados ya muchos meses que estaba en la Habana, entregado escluisivamente á la direccion del soberbio castillo del Morro, cuando el acaso le hizo estrechar amistad con Hernan Manrique de Rojas. Estaba el ingenio de este, como hemos visto, en el Cerro, por donde tenía que pasar Antonelli para ir al rio: encontrábanse á menudo los dos en el camino: mediaron al principio las cortesías de estilo entre hidalgos, y poco á poco fueron trabando conversacion, de que resultó Antonelli encargado de inventar el ingenio que ya conocemos, y rogado por Hernan Manrique á que le honrase su casa. Fué en efecto á visitarle; y se encontró al estremeño á par de su hija, á quien hasta entonces no había visto. Puso los ojos en ella el mal-aventurado ingeniero, y sintió en el pecho una emocion semejante á la que causa la claridad de la luna, ó la música endulzada por la distancia, que no podemos decir si es placer ó melancolía, ó una mezcla deliciosa de ambas impresiones. Mirábala embelesado; y la voz armoniosa de la doncella, sus ojos negros, rasgados, y expresivos, la gracia indefinible de todos sus ademanes y posturas, y cierta estrañeza que se notaba en su semblante, por donde se traslucía su origen americano, todas estas partes, y cada una de por sí, despertaron en su corazon mil afectos amortecidos, y le recordaron la pronunciacion musical de las mujeres de su país, el cielo de su Italia, y las escenas de su tormentosa mocedad.

Por demás está decir que repitió sus visitas á Hernan Manrique. Cada vez que se despedía de su hija, se iba triste, recordando sin saber porqué su malograda Isabel, tan linda.

tan inocente, tan enamorada: pero este recuerdo se fué descolitando por grados; su imágen comenzó á presentarse descolorida y menos á menudo en su imaginacion, hasta que por último cedió el puesto á otra imágen mas animada, y quedó por única señora de su pensamiento, la bella Casilda, que tal era el nombre de la criolla.

Ardiente y conmovedora por demás fué la declaracion del italiano: pero ya era tarde!.... Casilda, después de escucharle con modesto rubor y sobresalto, le confesó en mal articuladas razones, que ella amaba con beneplácito de su padre, al capitan Lupercio de Gelabert, sobrino del Gobernador, de quien pronto había de ser esposa.—En vano empleó todas sus artes para cautivar á la doncella, y hacerla olvidar á su rival; en vano fueron sus persuaciones, las promesas que hizo al honrado Hernan Manrique, para tentarle á romper su palabra: nada consiguió; y el desesperado ingeniero miraba ya inmedia to el dia de su partida, y cada vez que meditaba en ella le cruzaban pensamientos horribles por la cabeza.

Mas que nunca eran sombrías sus ideas la noche que se despidió de Hernan Manrique en la Plaza de armas.—En el mismo castillo de la Fuerza, y al lado del suyo, tenía su alojamiento el capitan Lupercio; y cuando ya á deshora oyó Antonelli sus pasos en el oscuro corredor, se le ocurrieron las últimas palabras del estremeño; chispeáronle los ojos; abrió la puerta con ímpetu, y al darle las buenas noches el descuidado capitan, que inocente de todo, ignoraba las pretenciones de Antonelli, llevó este maquinalmente la mano á su daga:—pero conteniéndose por fortuna, le volvió la espalda, sin responder al saludo. Pasó la noche en vela, luchando con encontrados afectos; y al dia siguiente á las puertas del sol, salió á caminar por la villa, para ver si el bullicio, y la frescura de la tarde, daban algun ensanche á su ánimo atribulado. Enderezó sus pasos sin saber á donde por la primera calle que encontró, y fué á parar al extremo meridional del pueblo, llamado entonces *barrio de Campeche*, por los indios de esta provincia que le habitaban, á quienes el Ayuntamiento había concedido aquellos terrenos para sus casas y siembras.

Comenzaba el tal barrio en el sitio que ahora ocupa la iglesia de la Merced, y se componía de una porcion de casuchos de guano, desordenadamente dispuestos, sombreados por árboles de diferentes especies que les comunicaban cierto aire

campes tre á semejanza de poblacion de indios bravos. Sus moradores no gozaban por cierto la mejor fama: era toda gente baldía y holgazana, sin otra ocupacion que sembrar el poco maíz y legumbres necesarios para su subsistencia, ó cuando mucho acarrear agua de la vecina Zanja para el consumo del vecindario. A la sazón que llegó Antonelli, estaban reunidos en un claro ó plazuela que formaban las casas, muchos de los campechanos y campechanas, de ellos sentados en sus puertas saboreando sus perezosas cachimbas, de ellos agrupados en diferentes corrillos, y todos embelesados con media docena de jugadores de pelota, que con gentil compás de piés y manos la recibían en todas las partes de sus cuerpos, y la rechazaban con ímpetu á sus adversarios. La presencia de Antonelli no turbó en nada su diversion, como que ya le conocían tanto porqué en sus solitarios paseos acostumbraba buscar aquella parte de la villa, cuanto porqué algunos de ellos habían sido trabajadores en las obras que dirigía el italiano. Mirábalos este con ojos distraídos al arrimo de un árbol; cuando se oyó un pisoteo de caballos que se acercaban por el lado del norte; y antes que los alegres jugadores pensasen hacerles plaza, entraron dos caballeros en retozones corceles, con no poca sorpresa de los guachinangos al conocerlos, pues eran nada menos que el Gobernador don Juan de Tejada, y su sobrino Lupercio de Gelabert, en quien clavó ceñudo una mirada de fuego el silencioso italiano.

El asustadizo caballo de Gelabert, apenas se vió entre tanta gente, alborotose de forma que á pesar de la maestría del ginetete, no pudo este impedir que en una de sus revueltas antecogiese al mas fornido de los jugadores, y le llevase dando tumbos una buena pieza, hasta que al cabo le derribó al suelo, y le plantó uno de los cascos en la cara, dejándole estampados en el carrillo sangriento los cascos de la herradura. Acudieron todos al estropeado, y tambien el gobernador, quien procuró con autorizadas razones sosegar aquella chusma; y arrojando unas monedas de oro al herido, continuó su paseo por donde se había marchado su sobrino: pero no bien hubo traspuesto, principiaron de nuevo las imprecaciones de los campechanos, incitando á la venganza al derribado compañero.

—O no eres hombre, Pablo; ó debe pagártela el capitán, decía uno.—Es muy soberbio, añadía otro.—Pues amanzarle....
—Pues quitarle del medio. .. —Y oigan al Sr. gobernador; que

fué casualidad!... —Sí; casualidad!.... que nos tiene entre ojos, Acuérdate tú, Pablo, del día que al pasar á su lado en la iglesia, le pisaste por descuido la pluma del sombrero: no contento con lo que te dijo allí, agarró la ocasion de hacerte ese floreo. —Si digo yo que estos nobles se han figurado que uno está en el mundo no mas que para aguantarlos. ¿Que vendrían á buscar por aquí esta tarde?— No sería nada bueno para nosotros.—Pues ;voto á tal! Pablo; que si no te portas como buen campeschano, te he de hacer en el otro cathete tantas señales, como clavos te ha marcado en ese la herradura.— ;Y yo!..... y yo! gritaron muchos á un tiempo.

Nada respondía Pablo; antes mirándolos de reojo, echó á andar para su casa, dejándolos disputar y maldecir, hasta que cansados de hacerlo, se fueron dispersando los corrillos, y poco después quedó en silencio y desocupada la plazuela.

Todo lo había mirado y oído Antonelli sin moverse; pero no sin sentir; pues bien se traslucía por las variaciones de su semblante la lucha de su interior. Nadie quedaba ya en la plaza: iba oscureciendo; y todavía permanecía él arrimado al árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho: por último, como si acabase de tomar una determinacion, se caló el sombrero, y embozándose en su capa, echó á andar hacia la casa de Pablo, que cabalmente era la primera del barrio por el lado del norte. A medida que se acercaba, sentía flaquear su resolucion: se detenía á cada paso; temblábanle las rodillas, respiraba con dificultad, y volvía en derredor los ojos, como temeroso de hallar alguien que le espiese en tan vergonzoso estado: con todo, caminaba!—Llegó por fin á la casa; y al hallar al indio sentado delante de su puerta, con la cabeza baja, las piernas cruzadas y metidas entre ellas ambas manos, faltó muy poco para que si guiese de largo: la voz de una persona, el vuelo de un pájaro, el tañido de una campana, cualquier impresion estraña, le hubiera hecho seguir, ahuyentando la criminal idea que le arrastraba; pero venció su instigacion diabólica, y encaminándose al guachinango y poniéndole familiarmente la mano en el hombro ¿en qué piensas, Pablo? le preguntó — Alzó este la cabeza, y conociéndole, respondió en voz baja:

—Pienso, señor, en que nosotros tenemos fama de malos y á mí me cuesta mucho querer serlo.

—Yo siempre te he tenido por hombre honrado y buen cristiano, Pablo.

—Y ojalá no lo fuera!

—¿Para que? Vaya, Pablo, yo creía que ya no te acordabas del lance de esta tarde.

—Yo bien quisiera no acordarme, Sr. D. Juan. Dios manda que olvidemos las injurias: pero me duelen mucho las marcas de la herradura, y además siento el desprecio y las amenazas de mis paisanos.

—¡Pues qué! ¿serían ellos capaces de hacer contigo lo que dijeron?

—Si serían capaces!..... No los conoce bien el Sr. D. Juan. Capaces son no digo de agujerearme la cara, sino de sacarme el corazón, si no hago lo que ellos quieren.

—Mira, Pablo. Yo te tengo buena voluntad, y por eso me he valido siempre de tí para mis trabajos: ¿es cierto?

—Si señor; y toda mi vida se lo agradeceré.

—Pues bien: yo veo que tú eres hombre pacífico, y no para andar en reyertas: dentro de cinco ó seis dias me voy en la flota; ¿quieres venirme conmigo á España, y descansas de una vez de ese capitan, que ha dado en perseguirte, y te libras del odio de tus paisanos?

—¿Y mi mujer? y mis hijos? Todavía no me he atrevido á entrar á verlos después de lo que me ha pasado.

—Hombre! tienes razon: no me acordaba. Ello duro es: pero ya veo, Pablo, que es menester escoger entre el capitan, y tus paisanos.

—Si Vuesa Merced fuese que yo, ¿qué haría, Sr. D. Juan?

—Eso, Pablo, es diferente. Soy caballero, y si alguno se me atreviese, mi espada le haría entrar en razon, luego, luego.

—¿Y si no fuese caballero, sino Pablo el campechano?

—Entonces.... lo mismo. ¿No tienes tu puñal? Sí? Pues bien; entonces rondaría la casa de Hernan Manrique, el extremeño, y una noche de las muchas en que el señor capitan viene á platicar con su hija, me le pondría delante, y le diría; señor galan; aquí estoy á pagarle su cortesía;—y figúrate lo demás.

—Pues eso mismo pensaba yo, Sr., y lo veremos pronto.

—¡Hola! ¿con que eres hombre de esos brios? No es malo tenerlos, Pablo; pero ¿has pensado bien á lo que te espones? El capitan es mozo de espíritu y no le cogerás despreñado.

—Se que arriesgo mi salvacion y mi vida; pero confío en Ntra. Señora de Guadalupe, y yo me daré mis trazas para escaparme de las persecuciones de la justicia.

—Y si no, Pablo; bienaventurados los que padecen, porque de ellos es el reino de los cie'los.

—Si señor, aunque no lo permita la Virgen Santísima! Lo que yo quisiera, Sr. D. Juan, es que ya que el parecer de Vuesa Merced me ha infundido ánimo....

—No te descubra, ¿eh? No hagas miedo. ¿Ni qué me importa ese mancebo?.. Si es soberbio, que lo pague. Además de que no vas á cometer ninguna traicion: lo mismo haría yo que tú. Mas ya es tarde. Buenas noches Pablo.

—Dios le guarde Sr. D. Juan.

Y Antonelli, que por la primera vez de su vida, le veía la cara al crimen, se alejó de allí á largos pasos, con la cabeza trastornada, y el corazon que le salía del pecho, como un juez perverso, aunque bisono todavía en la depravacion, que acabase de echar en la urna el voto de muerte de un inocente.

(Continuará)

ANECDOTAS.

Un curandero decía al numeroso auditorio que con la boca abierta le escuchaba: "Mis remedios, señores, solo se componen de *simples* y mientras halle *simples* aquí no partiré."

Leyendo unos versos lisonjeros dirigidos por un poeta á un ministro, dijo uno: huelen á *colegio*. No, replicó otro, huelen á *pension*.

Preguntando al profesor Montmaur, famoso gastrónomo del siglo xvii, en donde estaban los príncipes mas desdichados? En Ratisbona, respondió, porque están en *dieta*.

Habiendo *cojido* los alguaciles á uno de los mas famosos ladrones del lugar, le llevaron delante del Juez.—"Os traemos este famoso bandido que cometió estos y aquellos robos á fulano y mengano.—Señor, he hecho otra cosa peor, dijo el ladron.—Sí, replicó un testigo, él fué quien asesinó y robó á zutano.—He otra cosa peor, repuso el asesino; y otras personas añadieron: él quemó la iglesia y se llevó el cáliz.— He hecho otra cosa peor, replicó de nuevo el criminal.—Y ¿qué es lo que has hecho? dijo al fin el Juez.— Me he dejado *cojer*."

Un vizcaíno que se preciaba de poeta, se propuso hacer unos versos en castellano. Encerróse durante un mes en su escritorio, y solo dejaba la pluma á la hora de comer. Así que gastó media resma de papel, convocó á sus amigos y les leyó la siguiente composicion:

Pajarillo que cantas cantas
debajo de ramas verdes,
cazador te viene cazando,
mejor te estuviera duermes.

ICONOGRAFIA ROMANA,
por Mr. Rochette.

En el primer siglo del imperio se hallaba todavía en una de las salas del Capitolio, la hermosa coleccion de estatuas de los siete reyes de Roma, que como Plinio y Varron dicen, se creian fundidos en tiempo de los mismos reyes; y se necesitaria mucho atrevimiento y escepticismo histórico para suponer hoy que aquellos dos sabios anticuarios, que escribian en un siglo donde brillaban las letras, solo nos transmitieron una fábula de su invencion. Lo que mas nos fuerza á creer en la antigüedad de las estatuas, es que Plinio las cita muchas veces al hablar del vestuario de sus antepasados y de lo añejo del uso de las sortijas, porqué llevaban este adorno los personajes de las estatuas.

La efiegie de Tito-Tacio, rey de los sabinos, que reinó algun tiempo juntamente con Rómulo, se halla en muchas medallas de las familias Tituria, Minutia y Vettia que descendían de los sabiinos, y en las cuales el titulo de *Sabini* era esclusivamente hereditario. La cara era dura, salvaje, de carácter enteramente arcaico y en todo conforme á la idea feroz que tenemos de Tacio.

La figura mas curiosa en todos sentidos que conozcamos por las monedas, es la de Numa Pompilio que se conserva en una medalla de la familia Calpurnia, la cual se decia su descendiente, lo mismo que las familias Amilia, Pomponia y Marcia quienes parece que tenían mejor fundadas pretensiones. Era necesario que esta efiegie de Numa con su larga y canosa barba se hubiera popularizado y circulado en demasia a

través de los tiempos, para que aun bajo Augusto pudiera esclamar Virgilio hablando de él:

..... *Nosco crines incanaque menta*
Regis romani. (*Æneid.*, lib. 6.)

Un monumento de bronce consagró la accion heroica de Horacio Coclés; y una estatua de bronce se levantó para perpetuar la memoria del valor de Clelia.

Junio Bruto, el primer consul, tuvo su estátua que se colocó después de las de los siete Reyes: Plutarco dice que tenía un puñal desnudo en la mano; y está casi probado que Marco Bruto, el asesino de Cesar, fué la víspera de su crimen á inspirarse delante de la imagen de Junio, de quien se llamaba descendiente.—Una moneda romana y sumamente rara nos ha conservado la cabeza de Marco Bruto: tiene este título: BRUT. IMP. *Brutus imperator*, *Bruto generalísimo*, y al reverso se ve un bonete de la libertad entre dos puñales desnudos, con la inscripcion: *Ydus de Marzo*: Acuñada bajo Bruto, recuerda palpablemente la fecha y el instrumento del crimen, y representa el símbolo del restablecimiento de la república.

Muchas fábulas han corrido sobre la historia y retratos de Régulo, á quien una tradicion tan reciente en los anales de Roma como acredita y conservada hasta nosotros, representa como el mártir de fidelidad á un juramento. Sea ejemplo el hecho del suplicio de Régulo, que es enteramente falso.—Fué imaginado por el orgullo de su familia, acogido y esparcido favorablemente por la aristocracia que odiaba á Cartago, y admitido por el pueblo que era enemigo por instinto de los Cartagineses. Polibio, escritor extraño á las dos naciones y por consecuencia desinteresado, es el que ha dicho la verdad. En cuanto al retrato de Régulo, es imposible que se halle en esa figura jóven é imberbe que Visconti da sin embargo como tal, apoyándose en una moneda de la familia Levincia.

Escipion el Africano tuvo la sabiduría de oponerse á que durante su vida colocaran su busto en el Capitolio; pero no pudo impedir que le rindieran este honor insigne después de su muerte; pues su memoria se hizo aun mas cara al pueblo por la vida modesta y retirada en que pasó sus últimos años en su casa de campo de Liternum, cerca de Nápoles, en donde descansa, casi ignorado, de las luchas del foro y de la guerra.

Ingratos y suspicaces mientras vivió, sus conciudadanos, mejor instruidos cuando dejó de ser, de sus verdaderos sentimientos; llevaron en ovacion su busto á una sala del Capitolio en medio de aclamaciones universales. Y porqué á la muerte de cada miembro de la familia Cornelia, á la cual pertenecía Escipion, le sacaban para llevarle en los funerales, dijo ingeniosamente Valerio Máximo, que el Capitolio servía de Atrio á los Escipiones.

Visconti ha reproducido el busto del Africano. Podríamos dudar de si es la imágen del antiguo ó del jóven Escipion el Africano; pero una cicatriz colocada arriba de la sien izquierda y repetida en todos sus retratos, prueba que es el grande Escipion, el vencedor de Zama, el que aun jóven defendió valientemente á su padre en el Tesino donde recibió veinte y siete heridas, de las cuales una estaba en el lugar donde existe la cicatriz. Otro carácter de individualidad que se ha escapado á Visconti y que es con todo muy notable, consiste en que el grande Escipion se representa siempre con la cabeza afeitada del todo, y Tito-Livio nos enseña que este hombre ilustre tenía cuando jóven una hermosísima cabellera, y que temiendo perder con ella el favor popular, se acostumbró desde temprano á afeitarse enteramente la cabeza y la barba.

No podemos hablar de Escipion sin recordar á Annibal. Visconti ha publicado un retrato que atribuye á aquel grande hombre; pero las razones en que se apoya para hacerlo, no tienen fundamento.

Con este motivo advertiremos ahora, que los anticuarios se ven arrastrados á hallar en un monumento lo que buscan. Un busto del museo de Nápoles cuya cabeza sostiene una enorme cabellera, ha pasado mucho tiempo por el retrato de Annibal. Es verdad que este general, como todos sus compatriotas, llevaba una cabellera ficticia y movable, ó para hablar mas claro, una peluca; pero otro exámen mas atento de aquel busto ha dado á conocer que pertenecía á Juba, rey de Mauritania, célebre por la mitra que trajo á Augusto y por sus obras que por desgracia se han perdido.